



Universidad de Valladolid

FACULTAD DE CIENCIAS EMPRESARIALES Y DEL TRABAJO DE
SORIA

Grado en Relaciones Laborales y Recursos Humanos

TRABAJO FIN DE GRADO

LA COMUNA DE PARÍS Y SU IMPACTO EN EL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

Presentado por: José Ángel García de la Fuente

Tutelado por: Margarita Caballero Domínguez

Soria, 7 de junio de 2022

CET

FACULTAD de CIENCIAS EMPRESARIALES y del TRABAJO de SORIA

Resumen

La Comuna de París (1871) es el primer gran hito del movimiento obrero en tanto que rompe con la propia lógica de resistencia intrínseca a las luchas proletarias que se habían librado hasta entonces. Por tanto, la Comuna, pese a todas sus limitaciones y errores, supone un punto de inflexión en el movimiento obrero ya que abre las puertas, tanto a nivel práctico como teórico (tal y como se refleja en los debates de la Internacional), a una forma de organización social diferente a todas las previamente existentes.

En definitiva, la Comuna de París supone el primer intento efectivo de subvertir y abolir las relaciones laborales en su sentido más amplio. Pese a que este intento solo se prolongó por setenta y dos días en una sola ciudad, su legado y enseñanzas han recorrido todo el movimiento obrero hasta la actualidad.

Abstract

The Paris Commune (1871) is the first great milestone of the labor movement insofar as it breaks with the very logic of intrinsic resistance to the proletarian struggles that had been waged until then. Therefore, the Commune, despite all its limitations and errors, represents a turning point in the labor movement since it paved a new way, both on practical and theoretical levels (as reflected in the debates of the International), to a form of social organization different from all previously existing ones.

In short, the Paris Commune represents the first effective attempt to subvert and abolish labor relations in its broadest sense. Despite the fact that this attempt only lasted for seventy-two days in a single city, its legacy and teachings have traveled throughout the labor movement to the present day.

Palabras clave

Relaciones laborales; clase trabajadora; burguesía; movimiento obrero; capitalismo; socialismo; trabajo asalariado; organización social.

Keywords

Labour relations; working class; bourgeois; labour movement; capitalism; socialism; wage labour; social organization.

ÍNDICE

BLOQUE 1: INTRODUCCIÓN	1
1. Justificación	1
2. Objetivos	1
3. Metodología	2
BLOQUE 2: LA COMUNA DE PARÍS Y SU IMPACTO EN EL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL	3
1. Contexto histórico	3
1.1. De la Segunda República francesa al Segundo Imperio	3
1.2. La Guerra Franco-Prusiana y el fin del Segundo Imperio	7
1.3. Las bases ideológicas de la Comuna	10
2. Nacimiento y muerte de la Comuna	14
2.1. El desarrollo de la Comuna	14
2.2. La caída del París revolucionario	20
3. El impacto de la Comuna en el movimiento obrero internacional	25
3.1. Situación general del movimiento obrero	25
3.2. La Comuna contra el trabajo asalariado	28
3.3. La Comuna en la doctrina revolucionaria	30
BLOQUE 3: CONCLUSIONES	33
BIBLIOGRAFÍA	35
ANEXO 1: TABLA TEMPORAL DE LA COMUNA Y ANTECEDENTES	39
ANEXO 2: IMÁGENES RELACIONADAS CON LA COMUNA	43

BLOQUE 1: INTRODUCCIÓN

1. Justificación

Las consecuencias de la Comuna de París para la historia del movimiento obrero internacional son cruciales en el desarrollo del proletariado como una clase social independiente con un proyecto político propio y con capacidad para afrontar y construir su propia historia y la de la humanidad. Esta herencia que aporta la Comuna sería recogida y desarrollada de manera inequívoca en la Revolución Rusa de 1917, teniendo, por extensión, un gran impacto en toda la historia del siglo XX.

En definitiva, la Comuna supone un cambio (o, al menos, su necesaria antesala) en el paradigma social en todos sus niveles y facetas.

Uno de los planos desde los que se puede afrontar la totalidad del proceso comunero es el que concierne a las Relaciones Laborales, tanto por su impacto directo en las propias relaciones laborales del proletariado parisino (sirvan de ejemplo las medidas laborales tomadas por la Comuna), como por la importancia de la experiencia comunera en el desarrollo de la doctrina revolucionaria a nivel universal.

Es por todos estos motivos por los que la Comuna constituye una pieza clave en el transcurrir de la Historia hasta nuestros días y, sin embargo, este acontecimiento histórico de primer orden suele permanecer en el olvido y el desconocimiento por parte del público general. Por ello, considero necesario rescatar del olvido su historia y legado y espero que este Trabajo de Fin de Grado pueda cumplir con esta misión de memoria, así como con los objetivos que se plantean a continuación.

2. Objetivos

Los objetivos de este trabajo, más allá de la recuperación y difusión de la memoria de la Comuna de París y su legado, son, principalmente, estudiar las medidas, acciones y debates de la Comuna haciendo hincapié en el contexto histórico en el que se enmarcan dichos acontecimientos.

Asimismo, otro objetivo principal es analizar críticamente los impactos que tuvo la Comuna de París tanto en el movimiento obrero internacional de la época como en su desarrollo posterior.

Dentro de este objetivo general podemos establecer una subdivisión de objetivos. En primer lugar, un objetivo que apunta hacia la relación de la Comuna respecto al trabajo asalariado y las relaciones laborales.

En segundo lugar, y estrechamente ligado con el anterior, otro objetivo es analizar y establecer las relaciones teórico-prácticas existentes entre la Comuna y su impacto en el movimiento obrero internacional, especialmente en el transcurso y desarrollo de la doctrina marxista, que fue la corriente que más aportes extrajo de la experiencia parisina.

3. Metodología

Para el desarrollo del TFG, en primer lugar, he realizado una revisión bibliográfica y documental en la que he recopilado fuentes de autores que han estudiado en profundidad la historia y consecuencias de la Comuna de París. En este sentido, he recurrido en múltiples ocasiones a autores y fuentes lo más cercanas posibles a los acontecimientos que se analizan, de tal manera que, con ello, he pretendido indagar de manera más práctica en las vivencias y debates de la época. No obstante, también se han empleado fuentes mucho más recientes cuyos autores ya han realizado un trabajo de recopilación, estudio y síntesis de buena parte de literatura previa del tema.

En segundo lugar, se ha realizado una criba de los textos y fuentes recopiladas, intentado cercar lo máximo posible la bibliografía al estudio y profundización de los objetivos seleccionados.

En tercer lugar, y antes de pasar a realizar el análisis y plasmarlo en el TFG, se ha hecho una lectura previa de las fuentes, ya que hay textos que responden a distintas corrientes ideológicas, por lo que de esta manera se ha pretendido llegar a resultados lo más objetivos posibles.

Hecho todo este trabajo de estudio previo, y siempre realizando constantes revisiones de la bibliografía y documentos recopilados, se ha procedido al desarrollo de los contenidos que dan cuerpo a este TFG.

Dichos contenidos se han estructurado de manera cronológica, partiendo del estudio del contexto histórico, haciendo referencia tanto a las cuestiones material como al plano ideológico, del que surge la Comuna (epígrafe 1), analizando posteriormente el periodo de nacimiento y desarrollo de la Comuna propiamente dicha (epígrafe 2), y finalizando con el impacto y legado de toda la experiencia que emana del París de esa época (epígrafe 3).

Esta ordenación cronológica no se establece con el fin de realizar una enumeración inconexa de hechos o hitos relevantes, sino que se hace desarrollando las competencias instrumentales de capacidad de análisis y síntesis, organización, planificación y gestión de la información. De esta manera, y ejerciendo en todo momento un razonamiento crítico, se pretende dar forma a un texto cohesionado y coherente que analice en profundidad el tema que nos ocupa.

BLOQUE 2: LA COMUNA DE PARÍS Y SU IMPACTO EN EL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

París, 1871, miles de hombres y mujeres del pueblo, mal armados, con escasos e inconexos conocimientos políticos y militares, pero con la firmeza, el heroísmo y la determinación de quien solo asume como su tarea histórica la victoria, tomaron entre sus manos la empresa de construir una nueva forma de Poder y de organización social: la Comuna.

De esta manera, el joven proletariado parisino, empujado por los acontecimientos (especialmente por la derrota gala ante Prusia) y sustentándose en el escaso bagaje teórico-práctico que la historia le había podido aportar hasta ese momento a esta nueva clase alumbrada bajo el capitalismo, se ponía de pie y al frente del proletariado mundial.

La Comuna de París (1871) supone un golpe en la mesa de la Historia, un golpe que hizo tambalearse el tablero de la burguesía y que anunciaba (y que, especialmente, *posibilitó*) el ulterior ascenso del proletariado como una auténtica clase revolucionaria en la Historia.

1. Contexto histórico

Para estudiar la historia de la Comuna de París es preciso analizar las condiciones (sociales, económicas, ideológicas, políticas y militares) que hicieron posible que el 18 de marzo de 1871 en la capital francesa la humanidad asistiese al alumbramiento de la primera forma de Poder obrero de la Historia.

La Comuna, aunque, como se analizará a lo largo del trabajo, estuvo guiada en buena parte por la espontaneidad lógica de quien toma por primera vez entre sus manos una empresa de tal envergadura, no fue fruto de una noche, sino que se estuvo fraguando de manera latente en el seno del proletariado (y, concretamente, en el seno del proletariado parisino) durante décadas, por ello considero necesario ver la evolución general de la sociedad y del Estado francés (subepígrafe 1.1) y cómo su desarrollo culminó en el contexto clave y decisivo que terminó por dar a luz a Comuna: la guerra franco-prusiana (subepígrafe 1.2). Asimismo, y de manera transversal a los subepígrafes anteriores, antes de entrar de lleno en la Comuna propiamente dicha (epígrafe 2 de este bloque), en el subepígrafe 1.3 se analizarán las distintas corrientes ideológicas de las que se nutrió la primera experiencia de poder proletario de la Historia.

1.1. De la Segunda República francesa al Segundo Imperio

«Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.»

Karl Marx, 1852¹

¹ Marx, 2016.b:250.

En 1848 el proletariado francés, radicalizado en la política republicana burguesa, aunó fuerzas² con los elementos más progresistas y democráticos de la burguesía (representados aquí fundamentalmente por la pequeña burguesía) contra «una fracción de ella [de la burguesía]: los banqueros, los reyes de la Bolsa, los reyes de los ferrocarriles, los propietarios de minas de carbón y de hierro y de explotaciones forestales y una parte de la propiedad territorial aliada a ellos: la llamada aristocracia financiera» (Marx, 2016.a:136) que era la fracción que había dominado el Estado francés bajo el reinado de Luis Felipe I en la denominada **Monarquía de Julio (1830-1848)** y que, al haber excluido del poder político tanto a la pequeña burguesía como al campesinado, había radicalizado a estos sectores en la doctrina Democrático-Burguesa.

Esta unión acabó por destronar a Luis Felipe I mediante la Revolución de 1848, inaugurando así una nueva etapa en la historia de Francia: la **Segunda República Francesa (1848-1852)**. La República, íntegra y genuinamente burguesa, venía cubierta de oropeles “sociales”, de instituciones sociales (el ejemplo más claro son los Talleres Nacionales que se impulsaron en los primeros meses de la República), una suerte de concesiones que las clases medias y la burguesía dieron al proletariado para contener sus despuntes ideológicos atados a los intereses burgueses³ (es decir, a la forma asalariada del trabajo) (Rudé, 1991).

Es en la Segunda República, y en sus pugnas clasistas intestinas, donde las andaduras de Luis Napoleón Bonaparte comienzan a tener una relevancia de primer orden. Luis Napoleón Bonaparte (sobrino de Napoleón Bonaparte) fue elegido por sufragio universal masculino el 10 de diciembre de 1848 como presidente de la República, una forma de Estado que, a diferencia de la Monarquía de Julio, ya no representa a una facción de la burguesía, sino a la burguesía entera (Marx, 2016.b). Por ello, en cuanto la dominación burguesa estuvo bien asentada, o lo que es lo mismo, cuando la Segunda República, estuvo asentada, la “alianza” del proletariado con una parte de la burguesía se rompió nuevamente (*Ibid.*).

Así pues, en Luis Napoleón Bonaparte y en la Segunda República Francesa se concentraron los intereses de la burguesía francesa *como clase*. Sin embargo, la burguesía (aunque unida contra el proletariado) no era un bloque homogéneo, sino que se encontraba dividida internamente en varias fracciones que pugnaban entre sí por hacer

² Esta suma de fuerzas fue tanto temporal como coyuntural al momento histórico, pues, si bien (desde el punto de vista actual) los intereses de ambas clases son siempre contrapuestos e irreconciliables, en 1848 el proletariado (como clase universal) se encontraba todavía en su más tierna infancia. Todavía no era una clase independiente, sino que seguía bebiendo (y seguiría haciéndolo por un buen tiempo) de la influencia ideológica, política y organizativa burguesa (Droz, 2020). La posterior maduración del proletariado y su constitución como clase independiente a la burguesía no emana por ciencia infusa, sino que se adquiere precisamente a través de este bagaje en el que el proletariado, antes de dar sus pasos por sí solo y elegir su camino, sigue gateando y erigiéndose gracias a la mano que la burguesía más radical le tiende (Shandro, 1995).

³ En este sentido, es especialmente esclarecedora la siguiente cita: «Viéndose [los burgueses liberales] cada vez más obligados a apelar al pueblo en la lucha que sostenían contra el gobierno, no tenían más remedio que tolerar que los sectores radicales y republicanos de la burguesía y la pequeña burguesía tomasen poco a poco la delantera. Pero detrás de estos sectores estaban los obreros revolucionarios, que desde 1830 habían adquirido mucha más independencia política de lo que los burgueses e incluso los republicanos se imaginaban» (Engels, Introducción de Federico Engels, 2016:493).

valer sus intereses económicos y políticos por encima (y a costa) del resto de fracciones (Droz, 2020:107). De este modo, y a grandes rasgos, encontramos de un lado a la fracción republicana (cuya unión, más que fundamentarse en unas sólidas bases económicas se sostenía sobre el odio a la Monarquía de Julio y sobre el chovinismo francés), y, de otro lado, a la fracción burguesa monárquica, dividida a su vez entre orleanistas (donde se encuadraba la fracción de la burguesía financiera e industrial que había dominado en la Monarquía de Julio) y legitimistas⁴ (donde se encuadraban los grandes terratenientes) (Marx, 2016.b).

Para entender la naturaleza de la Segunda República y las lógicas de las pugnas inter-burguesas es especialmente esclarecedora la cita de K. Marx: «*Aquí, en la república burguesa, que no ostentaba el nombre de Borbón ni el nombre de Orleáns, sino el nombre de Capital, habían encontrado la forma de gobierno bajo la cual podían dominar conjuntamente*» (Ibíd.:268).

Sin embargo, la vida de la Segunda República no iba a durar mucho, pues las constantes crisis sufridas desde principios de 1851 hicieron que la burguesía se desligase de su representación parlamentaria y de sus intelectuales, culpando en buena parte a las luchas parlamentarias de sus pérdidas económicas privadas (Ibíd.).

Luis Napoleón Bonaparte, que supo leer el descontento de la burguesía (y del campesinado) hacia el parlamentarismo, y que quería seguir al frente de Francia, dio un golpe de Estado (2 de diciembre de 1851) para prorrogar sus poderes (Marx, 2016.b). El golpe, que resultó victorioso, fue refrendado mediante un plebiscito. De esta manera, Napoleón modificó la Constitución, permitiendo el mandato presidencial de 10 años y limitando el poder de la Asamblea Nacional (que se había mostrado contraria a cambiar la Constitución para alargar el mandato de Bonaparte) (Hugo, 1969).

Para finalizar la ampliación de sus poderes, Napoleón, el 7 de noviembre de 1852 convocó un nuevo plebiscito que acabó por dar muerte a la Segunda República, inaugurando así el **Segundo Imperio Frances (1852-1870)**, en el que Luis Napoleón Bonaparte se coronaría como Napoleón III (Ibíd.).

Napoleón III tenía que conservar el delicado equilibrio de clases que el Segundo Imperio había heredado de la República a la vez que perpetuaba el papel preponderante en el reparto imperialista que Francia había tenido a lo largo del siglo XIX entre las potencias del viejo continente, lo cual implicaba intervenir para que tanto Italia como Alemania (que se encontraban en sendos procesos de unificación) se mantuviesen como Estados separados (Wawro, 2014).

Así pues, Francia se lanzó en 1859 a la conquista de la Lombardía austriaca en la conocida como Guerra Franco-Austriaca o Segunda Guerra de Independencia italiana. Esta campaña, que pretendía que Cerdeña-Piamonte (aliados de Francia contra Austria) cediese al país galo los territorios de Niza y Saboya, fue un fracaso parcial⁵ para los objetivos iniciales de Napoleón III, que acabó firmando la paz con Austria ante el temor de que los Estados alemanes entrasen en la guerra. En definitiva, lejos de conseguir que Italia quedase dividida en tres reinos (objetivo que Napoleón III compartía con su tío) el

⁴ Los legitimistas eran los partidarios de que el trono lo ocupase la Casa Real de los Borbones.

⁵ Finalmente, Francia sí que se haría con Niza y Saboya en 1860.

proceso de unificación italiano recibió el último impulso que necesitaba para finalizar su empresa (*Ibíd.*).

En 1865, Francia (persiguiendo el mismo objetivo de minar al resto de potencias imperialistas) prometió a Otto von Bismarck que no intervendría en la guerra entre Prusia y Austria. De esta manera, el Imperio Francés pretendía mantenerse en tierra de nadie, obteniendo beneficios diplomáticos mientras Prusia y Austria se destruían entre ellas en una guerra previsiblemente larga (*Ibíd.*). Nuevamente, estos planes fueron frustrados por la prontitud con la que la maquinaria de guerra prusiana derrotó a las tropas austriacas, dando por finalizada la guerra en poco más de dos meses y haciendo que Prusia se erigiese como el Estado alemán hegemónico (Clark, 2016).

Esta nueva derrota para los intereses del Estado francés provocó una oleada de críticas al Imperio, que atravesaba por sus horas más bajas y se veía obligado a mantener el orden utilizando fórmulas cada vez más autoritarias en un contexto en el que la corrupción y los escándalos de los fracasos en la política exterior acabaron por caldear los ánimos no solo del proletariado, sino también de la burguesía liberal, quedándole a Napoleón III el único apoyo social del campesinado (Wawro, 2014).

En definitiva, el Imperio necesitaba urgentemente una guerra con Prusia, tanto para que Prusia no se alzase como una potencia superior a Francia, como para, especialmente, calmar los ánimos internos de Francia⁶ y disipar la desconfianza y críticas hacia el emperador, utilizando a Prusia como el enemigo externo común⁷ a batir (*Ibíd.*).

Por su parte, a Prusia, tras resultar victoriosa en la guerra contra Austria, solo le quedaba librarse del escollo que suponían los intereses franceses en los territorios del sur de Alemania para evitar el renacimiento de una potencia contraria a sus intereses políticos en el centro de Europa (Marx, 2016.d).

Si bien es cierto que tanto Francia como Prusia buscaban un enfrentamiento militar mutuo, ninguno quería ser quien lanzase la primera ofensiva. Por ello, Bismarck aprovechó que España había ofrecido como heredero a su trono al príncipe prusiano Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen para tensar más las relaciones con Francia, que no podía asumir que la dinastía prusiana le acorralase también por el sur (Wawro, 2014) y que acabó declarando la guerra, tal y como Bismarck quería, a Prusia el 19 de julio de 1870 tras el conocido como “incidente del telegrama de Ems” (Serbeto, 2021).

⁶ Quizá la mayor muestra de este descontento fue la manifestación liderada por Blanqui que se produjo en enero de 1870 y que reunió a unas 200.000 personas para exigir el fin del Segundo Imperio tras el asesinato del periodista Víctor Noir a manos de Pierre Bonaparte (primo del emperador), el cual disparó al corazón del periodista. Como dijo Lissagaray: “*París en pleno recibe el tiro*” (Lissagaray, 2019:41). Pero esta multitudinaria manifestación no solo es una muestra del descontento generalizado, sino también de la falta de madurez del movimiento revolucionario que, pese a tener a 200.000 almas marchando sobre los Campos Elíseos, no sabía qué hacer con esas fuerzas, quedando la manifestación en una demostración vacía de fuerza.

⁷ «Para 1870 la guerra con Prusia sería la única cuestión que pusiese de acuerdo a todos los partidos franceses: los republicanos y los moderados querían castigar a Bismarck por humillar a Francia; y los conservadores pensaban que una victoria militar francesa reforzaría el Imperio y permitiría la vuelta al absolutismo» (Wawro, 2014:10).

1.2. La Guerra Franco-Prusiana y el fin del Segundo Imperio

«La guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas por otros medios»

Carl von Clausewitz, 1823⁸

Como se ha desarrollado hasta aquí, la Guerra Franco-Prusiana, al igual que todas las guerras, no fue fruto de los designios caprichosos del destino ni la consecuencia de los deseos individuales de los dirigentes, sino que fue fruto del desarrollo y de la madurez de la lucha de clases, del enfrentamiento imperialista entre Francia y Prusia.

Francia y Prusia eran dos potencias militares con una fuerza relativamente similar en cuanto a medios técnico-militares se refiere, sin embargo, a nivel operacional y estratégico, Prusia había adquirido un gran bagaje fruto de sus últimas intervenciones militares contra Dinamarca y Austria (Showalter, 2014.a).

La ventaja militar prusiana se puede sintetizar en tres elementos: la incorporación del fusil de aguja Dreyse como arma básica de la infantería; la incorporación del ferrocarril como elemento operacional para trasladar y concentrar tropas rápidamente; y, especialmente, la constitución de un auténtico Estado Mayor que, a diferencia de su homólogo francés, no era un mero gestor burocrático (Showalter, 2014.b).

El cambio de la doctrina militar prusiana impulsado, a nivel institucional por Roon (ministro de la Guerra) y a nivel militar por Moltke (jefe del Estado Mayor prusiano), propugnaba que el ejército de la Confederación Alemana del Norte⁹ debía enfrentarse en conflictos cortos y decisivos, por lo que era esencial tomar la iniciativa, condicionando así la guerra a las decisiones propias y no a los movimientos enemigos. En este sentido, la Confederación tomó la decisión de concentrar sus tropas rápidamente en la frontera con Francia de manera previa al inicio de la guerra (Showalter, 2014.a).

Estos movimientos por parte de Prusia surtieron sus efectos en el sitio de Metz (19 de agosto a 27 de octubre de 1870) (Porte, 2014) y en la batalla de Sedán (1 y 2 de septiembre de 1870), que fue la batalla decisiva de la primera fase de la guerra, en la que la mayor parte del ejército de línea francés fue desmantelado (de la parte francesa, solo en Sedán las bajas ascienden a 3.000 fallecidos, 12.000 heridos y 21.000 prisioneros¹⁰) y Napoleón III fue hecho prisionero por los prusianos el segundo día de batalla (Fermer, 2014).

Cuando las noticias de la derrota llegaron a París el día 4 de septiembre, el descontento y recelo que se llevaba tiempo gestando contra el Imperio acabó por estallar y los Bonaparte fueron derrocados (Fermer, 2014), proclamándose la **Tercera República Francesa**

⁸ Clausewitz, 2015:38.

⁹ La Confederación Alemana del Norte era una agrupación de 22 Estados alemanes creada en 1867. La Confederación consolidó el poder de Prusia en el norte de Alemania, especialmente el poder militar (de hecho, en 1868 el 99,5% de los ingresos de toda la confederación iban a parar al Ejército de la Confederación Alemana del Norte) (Showalter, 2014.a).

¹⁰ Estas cifras se corresponden a las bajas en batalla, tras la claudicación de Napoleón III se rindieron 83.000 soldados más, junto con 419 cañones de campaña, 139 cañones de fortaleza e ingentes cantidades de equipo (Fermer, 2014:51).

(1870-1940) y constituyéndose el Gobierno de Defensa Nacional, encabezado por el General Trochu, gobernador militar de París (Ollivier, 1971).

Sin embargo, la caída del Imperio no supuso el fin de la guerra, pues Francia seguía dispuesta a continuar la guerra, que cada vez iba cercando más la capital parisina (Fermer, 2014). Ante esta situación, el nuevo Gobierno de Defensa Nacional hizo una llamada en la que decretó que *«para los fines de la defensa, todos los parisinos capaces de empuñar las armas se habían enrolado en la Guardia Nacional y estaban armados, con lo cual los obreros representaban dentro de ella una gran mayoría»* (Engels, 2016:495).

Por su parte, la composición del Gobierno de Defensa Nacional era bien diferente a la de la Guardia Nacional, pues en él se arremolinaban burgueses de todo tipo, desde monárquicos hasta republicanos e incluso algún socialista (Ollivier, 1971). Sin embargo, hay una figura del Gobierno que destaca sobre todas las demás, la de Adolphe Thiers, *«un enano monstruoso, [que] tuvo fascinada casi medio siglo a la burguesía francesa¹¹ por ser la expresión intelectual más acabada de su propia corrupción como clase»* (Marx, 2016.e:524).

Por tanto, en el París sitiado por Prusia (el sitio comenzó el 19 de septiembre de 1870) encontramos un débil equilibrio entre el Gobierno de Defensa Nacional (compuesto casi íntegramente por burgueses) y la Guardia Nacional (compuesta fundamentalmente por las clases populares y la pequeña burguesía de París, en la que proletariado en armas tenía gran peso). El seguro que hacía que esta contradicción no estallase no era otro que la confianza que el proletariado, y París en general, le otorgaban al Gobierno con el único y exclusivo fin de la defensa nacional frente al invasor (Lissagaray, 2019), viendo en el Gobierno una especie de Comité de Salvación Pública (Berstein, 1975:346); sin embargo, realmente el Gobierno nunca tuvo ni la intención ni la esperanza de defender París (Ollivier, 1971).

El Gobierno de Defensa Nacional era consciente de dos cuestiones. En primer lugar, que el Imperio había duplicado la deuda nacional, que no hacía más que incrementarse por los costes de la guerra (Lissagaray, 2019). En segundo lugar, el Gobierno temía que París pudiese resistir, pues ello significaría que el proletariado en armas organizado de manera autónoma en la Guardia Nacional (esta autonomía se ve, por ejemplo, en el hecho de que los oficiales eran elegidos democráticamente por la tropa) podía vencer a quienes habían derrotado al ejército regular. En palabras de Marx:

«El triunfo de París sobre el agresor prusiano hubiera sido el triunfo del obrero francés sobre el capitalista francés y sus parásitos dentro del Estado. En este conflicto entre el deber nacional y el interés de clase, el gobierno de la defensa nacional no vaciló un instante en convertirse en un gobierno de la traición nacional»¹²

Mientras públicamente el Gobierno hacía llamados a no ceder terreno, Thiers se dedicó a pasearse por las cortes europeas buscando un pacto secreto que diese por zanjada la

¹¹ Thiers ocupó distintos puestos de responsabilidad gubernamental en la Monarquía de Julio, en la Segunda República, en el Segundo Imperio y en la Tercera República, donde su arribismo le llevaría a ostentar el cargo de “jefe del Poder Ejecutivo de la República”.

¹² Marx, 2016.e:520.

guerra. Así pues, el 31 de octubre de 1870 Thiers presentó una propuesta de armisticio que entregaba a Prusia 5 mil millones de francos, la cesión de los territorios de Alsacia y Lorena y la ocupación de los fuertes militares del este y parte de la ciudad de París (Lissagaray, 2019). La noticia de esta propuesta fue recibida con la hostilidad lógica del pueblo, que, recordemos, había creído ver en el Gobierno al Comité de Salvación Pública¹³. Así pues, varios batallones de la Guardia Nacional tomaron de forma espontánea el Ayuntamiento y capturaron a varios miembros del Gobierno, eligiendo a su vez a nuevos representantes (entre los cuales encontramos a figuras de la talla de Blanqui o Víctor Hugo) mediante aclamación popular (Ollivier, 1971).

El Gobierno de Defensa Nacional consiguió controlar esta revuelta mediante las armas, a la vez que, para apaciguar los ánimos prometió unas nuevas elecciones municipales (Lissagaray, 2019).

Sin embargo, mientras que el Gobierno se dedicaba a estos juegos de diplomacia y pólvora, los elementos más conscientes del proletariado parisino (que, recordemos, se encontraban aglutinados, junto con otros sectores¹⁴, en la Guardia Nacional) no se quedaron de brazos parados y fueron organizándose de forma autónoma en *comités de vigilancia* en cada distrito de París, llegando el 9 de septiembre a constituir el Comité Central de los veinte distritos, que pronto adquiriría una direccionalidad blanquista (*Ibíd.*).

El 19 de enero de 1871 el Gobierno, cediendo a los ímpetus populares que llamaban a la defensa, condujo a los mejores batallones de la Guardia Nacional a una desastrosa operación militar contra el cuartel general alemán, que se encontraba en Versalles, y que terminó con 1500 bajas por parte de la Guardia Nacional (Tombs, 2017:37).

Esta nueva sangría, sumada a las penurias y la hambruna, así como los incesantes bombardeos a los que el cerco prusiano sometía a París (*Ibíd.*), y los crecientes rumores de que el Gobierno iba a traicionar sus promesas defensistas e iba a firmar la paz fueron la motivación para que el 22 de enero de 1871 el Comité Central de la GN (apoyado por la Internacional), llamase a una nueva insurrección (Lissagaray, 2019).

Al igual que en la insurrección anterior, esta revuelta fue sofocada nuevamente por el Gobierno de Defensa Nacional que, finalmente, el 28 de enero firmó un armisticio con Alemania (*Ibíd.*).

El armisticio preveía que la decisión de continuar, o no, con la guerra le correspondería a una Asamblea Nacional que sería elegida el día 8 de febrero de 1871. En estos comicios, dominados por el voto campesino y, especialmente, por una suerte de pucherazo, puesto que “*más de una tercera parte del territorio estaba en manos del enemigo; la capital se hallaba aislada de las provincias y todas las comunicaciones [estaban] desorganizadas*” (Marx, 2016.e:528), se constituyó en Burdeos una mayoría reaccionaria de corte legitimista que, finalmente, terminó por aceptar las condiciones preliminares de paz

¹³ En este sentido, tiene gran peso el discurso de defensa nacional enarbolado por Blanqui, cuestión que se profundizará más en el siguiente subepígrafe del TFG.

¹⁴ Este carácter heterogéneo de la composición de clase de la GN se iría minorando con el transcurrir de los acontecimientos, ya que las secciones más reaccionarias de la GN acabarían desertando, pasándose al lado de Versalles, tal y como se irá viendo a lo largo del TFG.

(cesión de Alsacia y Lorena, pago de una cuantiosa indemnización de guerra y ocupación parcial y temporal del territorio francés por parte del ejército alemán) y nombró *jefe del Poder Ejecutivo de la República* a Thiers (Ollivier, 1971).

Al firmar el acuerdo de paz (26 de febrero de 1871) el Gobierno no solo había traicionado su promesa y su razón de ser, sino que además había dado la razón en sus sospechas al pueblo parisino y, especialmente, al Comité Central (CC) de la Guardia Nacional, órgano que representaba la cabeza visible de las masas revolucionarias y que cada vez contaba con más influencia y poder, llegando incluso a considerarse una suerte de *Estado dentro del Estado* (Berstein, 1975:363).

Por su parte, el CC declaró el 3 de marzo sus intenciones de conservar su armamento (especialmente las piezas de artillería), ya que entendían que era la única garantía que les aseguraría salvaguardar los derechos conquistados tras la caída del Imperio (Lissagaray, 2019).

Así pues, hasta aquí tenemos presentadas a las dos fuerzas que se verán frente a frente en las barricadas de la capital francesa. De una parte, la Guardia Nacional, el *París en armas era la revolución en armas* (Marx, 2016.e:520), de otra parte, la reacción, la Asamblea Nacional de Burdeos encabezada por Thiers.

Ya para marzo los parisinos, de manera más o menos sistematizada y más o menos clarividente, habían comprendido que, en realidad, todo se reducía a una sencilla cuestión: quién tiene el Poder. Asimismo, al igual que antaño lo había hecho la burguesía (Rudé, 1991), habían comprendido que el Poder lo dan las armas, cuestión que el blanquismo ya había desarrollado hasta cierto punto al analizar la Revolución de 1848¹⁵.

Sería pues, precisamente la cuestión de las armas, la cuestión de las piezas de artillería de la Guardia Nacional, la que dará lugar a la Guerra Civil y al surgimiento definitivo de la Comuna de París (Tombs, 2017), como veremos en el Bloque 2 de este TFG.

1.3. Las bases ideológicas de la Comuna

«Armamento y organización: he ahí las armas decisivas del progreso, he ahí el medio más eficaz para poner fin a la miseria y a la opresión.

Quien tiene hierro, tiene pan. Ante la bayoneta no hay quien se doblegue, mas las muchedumbres desarmadas se conducen como rebaños. Una Francia henchida de obreros armados significa el triunfo del socialismo.»

Louis Auguste Blanqui, 1851¹⁶

Es imposible comprender el surgimiento y desarrollo de la Comuna sin atender a los componentes ideológicos que sirvieron de punta de lanza de esta novedosa experiencia de Poder en la Historia. Por ello, antes de pasar al estudio de la Comuna propiamente dicha, hay que ver las bases de las que partía no solo el proletariado parisino, sino el movimiento obrero internacional en general.

¹⁵ Sirva de ejemplo la cita de Blanqui que inaugura el siguiente subepígrafe del trabajo.

¹⁶ Cit. en Babeuf y otros, 1998:169.

Considero que hablar de ideologías no es hablar en abstracto, sino que una ideología solo se puede entender poniéndola en contexto, en relación con las demás ideologías y, especialmente, con su práctica, por ello, en este punto me centraré en aquellas ideologías que sirvieron de vanguardia para el proletariado parisino, aquellas que realmente estuvieron presentes en la forma de actuar de la Comuna.

Aunque en el contexto previo, y en la propia Comuna, encontramos varias corrientes, como el romanticismo, el socialismo utópico o el internacionalismo comunista, hay dos ideologías que, precisamente por su papel de vanguardia, por su aplicación práctica, destacan sobre todas las demás: el blanquismo y el proudhonismo (Ollivier, 1971).

A grandes rasgos, el blanquismo (y el socialismo premarxista en general), *crecieron* [hablando desde el punto de vista de la idea] *desde las primeras revoluciones políticas - en particular la francesa- [...] Así pues, la idea se desarrolló desde el gran debate político de la Revolución Francesa* (Rudé, 1991:129). Esta marca de nacimiento se traduce en que, en una u otra medida, la doctrina blanquista y la doctrina proudhonista jamás terminaron de romper del todo con los preceptos de la Revolución burguesa, como se puede ir viendo a lo largo de la exposición que sigue a estas líneas.

Por ello, Blanqui (que era el máximo exponente del insurreccionalismo) confiaba en que, tras la llamada a las armas de un pequeño y clandestino núcleo de vanguardia, una especie de Estado Mayor de la Revolución social, las masas se sumarían a la insurrección. De esta manera, el blanquismo establecía una separación entre la práctica revolucionaria y su teoría, siendo esta última patrimonio exclusivo de ese Estado Mayor secreto y clandestino cuya relación con las masas del proletariado se establecía de manera más militar (de nuevo, preceptos heredados de la Revolución burguesa) que consciente (Berstein, 1975).

A nivel táctico, la herramienta estrella del blanquismo (y que tuvo un desarrollo de primer orden en la Comuna) eran las barricadas, construidas con los adoquines de las calles parisinas¹⁷ y cuyo objetivo era *entorpecer a la tropa, sitiarla y protegerse del fuego de la artillería* (Ibíd.:334).

Estas limitaciones también se ven reflejadas en las inclinaciones chovinistas de Blanqui (en palabras de Cappelletti, 1978:98, este nacionalismo a floraba como “*antiguo patriotismo jacobino*”) que afloraron especialmente en su posición de defensa nacional en el contexto de la Guerra con Prusia, “*en esta hora de crisis nacional, Blanqui olvidó sus principios de partido para apoyar al gobierno. [...] No existía más que un solo enemigo, los prusianos y sus aliados, es decir, los hombres adictos a la dinastía derrocada. La salvación pública exigía de forma ineludible una tregua social.*” (Berstein, 1975:348).

¹⁷ A este respecto, cabe destacar la tendencia de París a, en vez de adoquinar las calles, asfaltarlas, para evitar así la construcción de barricadas. De igual manera, durante el Imperio de Napoleón III París había sufrido importantes cambios urbanísticos de mano del barón Haussmann que, entre otras cosas, había rediseñado las calles de París, construyendo grandes avenidas radiales cuyo cometido no era solo facilitar e incentivar el comercio, sino también dificultar la construcción de barricadas, facilitar el movimiento de grandes contingentes de tropas contra insurreccionales y aumentar la efectividad del tiro de las piezas de artillería (Harvey, 2007).

Sin embargo, y pese a todo, Blanqui era considerado por la Internacional y por el propio Marx *la cabeza y el corazón del partido proletario en Francia* (Ibíd.:389).

Por otra parte, y de manera bastante enfrentada al blanquismo, encontramos la doctrina desarrollada por Pierre-Joseph Proudhon: el proudhonismo, también denominado mutualismo.

El mutualismo era el pensamiento de la pequeña burguesía radical, de los pequeños propietarios, por ello, en su obra más famosa, *¿Qué es la propiedad?* (1840), Proudhon establecía el mal de la sociedad no en la existencia de la propiedad privada ni en las relaciones sociales que desenvuelve, sino en la acumulación de esta, en su monopolización. Por ello, esta doctrina no creía en el progreso social sino en todo lo contrario, realmente buscaba la vuelta a la época dorada del artesano, a la época feudal donde la acumulación capitalista todavía no había cristalizado (Proudhon, 2010).

Proudhon pretendía llevar a cabo su programa antimonopolista con ayuda de un *sistema de crédito o un déspota benévolo* (Ibíd.:92) y vio en Luis Bonaparte esta figura de buen déspota con capacidad de paralizar el avance económico-industrial del capitalismo, al cual intentó ensimismar con poco éxito. En palabras de Ollivier (1971:55), *“convencido desde 1848 de la estupidez de las masas, persuadido de la inercia de los franceses, Proudhon se volvió hacia las altas esferas intentando poner en movimiento al emperador y luego a su sobrino, el príncipe Bonaparte, pero ni el uno ni el otro le escucharon seriamente”*.

Esta forma de entender el capitalismo se traduce en el plano político en el mutualismo, doctrina que, en lugar de afrontar (como pretendían el blanquismo y, especialmente, el marxismo) la contradicción entre clases (pues, recordemos, para Prudhon el problema no residía ni en la propiedad ni en las relaciones sociales de la sociedad clasista, sino en la monopolización, en los excesos acumulativos de esta sociedad) pretendía crear un sistema interclasista de intercambios voluntarios bajo los principios de cambio capitalistas, fórmula que queda bien condensada nuevamente en las palabras de Ollivier (1971:44): *“Proudhon [...], se encuentra, [...], a la vez desolarizado materialmente de todas las clases y solitario, digamos espiritualmente, a falta de un término equívoco, de cada una de ellas”*.

Por tanto, si, desde el punto de vista del mutualismo, no hace falta cambiar ninguna relación social, sino solo mantenerlas en concordia y armonía, ¿para qué la Revolución?

Esto mismo se preguntó Proudhon en 1846 en respuesta a una carta de Marx, llegando a la siguiente conclusión: *“creo que no tenemos necesidad de eso [de la Revolución] para triunfar, y que, en consecuencia, no debemos plantear la acción revolucionaria como medio para la reforma social [...]. Yo me planteo así el problema: hacer entrar en la sociedad, por una combinación económica, las riquezas que han salido de la sociedad por otra combinación económica¹⁸”* (Cit. en Babeuf y otros, 1998:192).

Recapitulando, hasta aquí hemos bosquejado las grandes líneas teóricas del blanquismo y del proudhonismo.

¹⁸ Aquí Proudhon se está refiriendo a la acción del sistema de crédito que comentaba anteriormente.

En este punto, es necesario atender a cómo esas teorías llegaron a convertirse en las teorías de vanguardia de la Comuna. Lo primero que hay que entender es que, sintetizando lo visto hasta aquí, cada doctrina tenía una base social sobre la que asentarse, el blanquismo encuentra su sustrato en determinados sectores del proletariado, mientras que el mutualismo lo hace sobre la base de la pequeña burguesía y los artesanos.

Por otra parte, creo conveniente destacar el papel que jugaron los clubes populares a finales del Segundo Imperio (en torno a 1868-1870) y que, en cierta medida, sirvieron como instructores teóricos de los futuros comuneros (Ross, 2016).

En estos clubes de debate, que crecieron como la espuma en París, se debatían, muy a pesar de la censura bonapartista, todo tipo de temas políticos y religiosos (*Ibíd.*:25).

Un dato a destacar de los clubes es la difusión no solo de los preceptos blanquistas y proudhonistas (que ya tenían gran recorrido e implantación entre las masas francesas antes de la existencia de los clubes), sino especialmente de los principios internacionalistas, relativamente poco extendidos hasta entonces, y que acabaron por conformarse en *una vigorosa fibra internacionalista que recorrió la insurrección, coloreando la cultura que la precedió y prolongando la experiencia de los supervivientes* [de la Comuna] (*Ibíd.*:44).

Por último, cabe destacar que ni Proudhon ni Blanqui estuvieron presentes en la Comuna, ya que Proudhon falleció en 1865, no obstante el mutualismo tuvo una importante influencia en la Comuna, hasta el punto que Ollivier (1971:45) llega a afirmar (a mi juicio con demasiada efusividad) que *“las únicas iniciativas originales de la Comuna: el mutualismo (apenas esbozado) y, sobre todo, el federalismo, aunque no pudo controlarlas, se inspiraron de sus teorías y tal vez más aún de la afectividad que las impregnaban”*.

Por otra parte, Blanqui está considerado el *gran ausente* de la Comuna, ya que vivió todos los acontecimientos de la Comuna desde la celda de un penal, al haber sido detenido unos días antes del estallido del 18 de marzo de 1871 por su actividad revolucionaria. La Comuna intentaría en repetidas ocasiones intercambiar algunos de sus prisioneros por Blanqui, pero este canje de rehenes siempre encontró la negativa del Versalles encabezado por Thiers, que era consciente de que liberar a Blanqui suponía darle una cabeza a la Comuna¹⁹ (Berstein, 1975).

¹⁹ «La Comuna propuso en repetidas ocasiones el canje del arzobispo y de otro montón de clérigos por un solo prisionero, Blanqui, que Thiers tenía entonces en sus garras. Y Thiers se negó tenazmente. Sabía que con Blanqui daba a la Comuna una cabeza y que el arzobispo servía mejor a sus fines como cadáver» (Marx, 2016.e:565)

2. Nacimiento y muerte de la Comuna

Hasta este punto se han desgranado todos los elementos que, en conjunción, empujaron al proletariado parisino a encabezar la creación de una nueva forma de Poder. Este Poder, ejercido por la Comuna de París, suponía, aunque de forma embrionaria, la existencia real y palpable de una forma distinta de organización social y política que chocaba frontalmente no solo con el Poder que ejercía la Tercera República, sino que se enfrentaba, por su propia esencia, a todo Estado burgués.

Así pues, veamos el proceso que, durante poco más de setenta días de vida, provocó en Francia (y en el mundo) la existencia de dos poderes políticos abiertamente contrapuestos, incompatibles e irreconciliables, contradicción que solo podía ser resuelta con la destrucción del uno por el otro, como finalmente acabó sucediendo.

2.1. El desarrollo de la Comuna

*«Últimamente, las palabras “dictadura del proletariado” han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!»
Friedrich Engels, 1891²⁰*

Si la guerra con Prusia había sido el posibilitador del desarrollo y organización del proletariado parisino, la pretensión del gobierno de Thiers de desarmar y rendir a la Guardia Nacional fue el detonante definitivo de la instauración real del Poder comunero (Gluckstein, 2017).

El 18 de marzo de 1871 las maltrechas tropas de Thiers pretendieron ejecutar la orden de requisar los cañones que la GN tenía todavía bajo su posesión en París (Lissagaray, 2019:98), entre los que destaca el contingente almacenado en *Montmartre*²¹. Esta campaña de desarme por sorpresa resultó ser prontamente interceptada y desarticulada por la gente de París y la Guardia Nacional, que consiguieron frustrar la requisa de su artillería, confraternizando incluso con la tropa de la Tercera República (Ollivier, 1971:150).

Dos de los generales a los que Thiers había encomendado esta operación militar, el general Clément-Thomas y el general Lecomte, viendo que es la propia población civil la que impide a sus tropas hacerse con los cañones, dieron la orden de abrir fuego contra la misma. En el caso de Lecomte, esta orden se dio hasta en tres ocasiones, sin embargo, en las tres ocasiones *«sus hombres permanecen con el arma al pie»* (Lissagaray, 2019:102). Tal era el grado de simpatía que despertaban los federados entre las tropas rasas de Thiers.

Cuál fue la sorpresa de estos dos generales cuando, en lugar de cumplir sus órdenes, sus propias tropas, coaligadas con la GN y con la población civil parisina, apuntaron sus fusiles hacia ellos y los hicieron prisioneros. De hecho, y pese a las insistencias de la GN

²⁰ Engels, 2016:504.

²¹ Ver Anexo 2, Imagen 1.

de esperar el pronunciamiento de su Comité Central, tanto Clément-Thomas como Lecomte, que eran vistos por la población como la encarnación viva de la traición²², fueron fusilados ese mismo día por la muchedumbre enfurecida (*Ibíd.*: 105).

Poco a poco, las tropas federadas pasan de defender sus cañones a lanzarse a la ofensiva y, con el apoyo de buena parte de la tropa rasa de Thiers (de hecho, una parte considerable de los soldados desertaron a favor de la Guardia Nacional), van tomando posiciones de la geografía parisina, como la imprenta nacional o el cuartel de Napoleón. Finalmente, a las siete y media, rodean el Hôtel-de-Ville (el Ayuntamiento, sede del poder local de París). Los gendarmes leales a Thiers que quedan en su interior huyen y los federados toman el edificio horas después, izando la bandera roja en su torre (*Ibíd.*: 106).

Esa misma noche, el General Vinoy, hombre fuerte de Thiers, retiró de París lo que quedaba de sus tropas, artillería y pertrechos. La retirada del enemigo a Versalles, lejos de ser aprovechada por la Guardia Nacional para asestar un golpe militar definitivo al Gobierno, fue deshechada por el Comité Central (*Ibíd.*:110), más preocupado por las formalidades burguesas de las bases de su legitimidad²³. Así las cosas, el dubitativo CC no solo no tomó las medidas oportunas contra la indefensa Versalles, sino que tendió un puente de plata a las tropas reaccionarias en su huida (Ollivier, 1971:156).

De esta manera, el primer gran error militar del París en armas, fruto de la indecisión política sobrevenida de las condiciones ideológicas, sucedió días antes del nacimiento de la Comuna, el mismo día en que la Guardia Nacional se erigió como dueña de París (Marx, 2016.e: 536).

En este punto, la Comuna, en tanto que corporación de trabajo, legislativa y ejecutiva, no estaba formalmente constituida, sin embargo, la retirada de las tropas a Versalles supuso que, *de facto*, el poder ejercido por el Comité Central (cuya base residía en el proletariado en armas organizado en la Guardia Nacional), fuese el poder político dominante en París (Gluckstein, 2017).

Esta situación cayó como una pesada losa en las manos de los miembros del Comité Central que, viéndose sorprendidos por el devenir de los acontecimientos y, especialmente, por lo novedoso de la situación (no olvidemos que, a fin de cuentas, esta fue la primera vez en la Historia de la humanidad en la que el proletariado tuvo entre sus manos el ejercicio real y efectivo de su propio poder político, era la primera vez que esta clase dominada se erigía como clase dominante), se apresuraron a convocar los procesos de legitimación formal de su Poder, ¡cómo si su electibilidad por parte del París en armas, por parte de la Guardia Nacional, no fuese suficiente muestra de la legitimidad en la cual residía el basamento del ejercicio real y efectivo de su Poder!

²² «[...] París se sentía engañada por el Ejército: lo veía, descumpliendo su misión, enfilando contra los franceses los cañones que debían ser dirigidos contra Prusia.» (Ollivier, 1971:153).

²³ «[...] su única aspiración [se refiere al Comité Central de la GN] es zafarse de su responsabilidad, obcecados con la falta de mandato» (Ollivier, 1971:156); «Ninguno de ellos [se refiere a los miembros del Comité Central] había soñado con este poder que caía tan pesadamente sobre sus hombros. Muchos no querían quedarse en el Hôtel-de-Ville y repetían sin cesar: “no tenemos mandato para ser gobierno”» (Lissagaray, 2019:107).

Por ello, en lugar de intentar asegurar la supervivencia más inmediata de su poder político destruyendo cuanto antes al enemigo en Versalles²⁴, el Comité Central, de manera fiel a sus principios fundacionales de “defensa nacional”, *«se acantonó en las elecciones»* (Lissagaray, 2019:110).

Tras una serie de debates y discusiones de los miembros del Comité Central entre sí y con los diputados liberales y los alcaldes de las municipalidades de París (representantes del poder burgués) que se resistían a reconocer el Poder del CC, el día 19 de marzo de 1871 el CC convocó elecciones municipales para el 23 de marzo (*Ibíd.*: 113). La fidelidad para con sus principios fundacionales con la cual se convocaron las elecciones por parte de los nuevos inquilinos del Hôtel-de-Ville queda perfectamente reflejada en el siguiente pasquín que la Guardia Nacional se encargó de repartir entre la población:

«Nos habéis encargado organizar la defensa de París y de vuestros derechos. En estos momentos ha expirado el plazo de nuestras atribuciones, y os devolvemos vuestro mandato. Preparaos, pues, y haced inmediatamente vuestras elecciones municipales. Nosotros, mientras tanto, conservamos, en nombre del pueblo, el Hôtel-de-Ville»²⁵

En definitiva, el CC, aplicando radicalmente los preceptos democráticos burgueses, convocó las elecciones para refrendar su legitimidad, pero hasta su celebración, conservaría entre sus manos el control de París.

Los alcaldes y diputados burgueses de París, en confabulación con el Gobierno de Versalles, no estaban por la labor de legitimar, como no podía ser de otra forma, el Poder ejercido por los obreros armados. Por ello, el 21 de marzo, Versalles, los alcaldes y los diputados burgueses de París, haciendo uso de su prensa, azuzaron la reacción alegando que las elecciones recientemente convocadas por el CC eran ilegales (*Ibíd.*).

Ese mismo día masas de reaccionarios marcharon por París al grito de “¡Viva el orden!”. La apariencia externa de pacifismo con la que iniciaron su marcha las masas ocultaba entre las prendas de los manifestantes revólveres y puñales que, a su paso por la plaza Vendôme, dejaron a dos guardias nacionales muertos y a otros siete heridos. Ante este ataque, el resto de guardias presentes en la plaza abrieron fuego contra la multitud, dejando 10 muertos tendidos en el suelo y dispersando la manifestación versallesa. La manifestación, lejos de derrocar al CC, dejó patente que la GN era capaz de defenderse y que, por extensión, podría ser capaz de ejercer un auténtico gobierno (*Ibíd.*: 128).

²⁴ La decisión de marchar sobre Versalles requería de una determinación y de un liderazgo que el CC era incapaz de aportar; en primer lugar, porque el CC no era un órgano constituido de manera consciente para hacer la revolución (aunque la historia lo acabase situando en esa novedosa posición), sino para defender “la patria en peligro”; en segundo lugar, el CC tenía una composición ideológica heterogénea en la que *«los blanquistas entendían a la perfección que, con las fuerzas de Thiers en pleno retroceso, aquel era el mejor momento para atacar. No obstante, sus métodos secretos y conspirativos implicaban que en 1871 su número fuese minúsculo, sus vínculos con las masas, limitados, y su influencia, débil. Los proudhonianos eran mucho más numerosos. Como anarquistas, los seguidores de Proudhon rechazaban las organizaciones centralizadas y el concepto de liderazgo»* (Gluckstein, 2017:50).

²⁵ Lissagaray, 2019:111.

Tras la jornada del 21, el CC reaccionó y reforzó sus posiciones²⁶, aplazando asimismo las elecciones municipales al 26 de marzo para garantizar que la jornada electoral transcurriese con tranquilidad (*Ibíd.*: 129).

Finalmente, las elecciones municipales se celebraron el 26, otorgando una amplia mayoría a las fuerzas heterogéneas de la revolución, que se hicieron con 66 concejales²⁷, frente a los 16 concejales que apoyaban al Gobierno (*Ibíd.*:157). Dos días después, el 28 de marzo de 1871, el renovado Hôtel-de-Ville proclamaría formalmente la Comuna de París (Engels, 2016:496).

Tan pronto como fue proclamada formalmente la Comuna, el CC, que ya había tomado alguna medida revolucionaria, como la abolición de la “policía de moralidad”, cedió voluntariamente el Poder a la Comuna²⁸, manteniéndose el CC como órgano de unión ente la Guardia Nacional y el pueblo de París (*Ibíd.*).

Dos días después, el 30 de marzo de 1871, la Comuna ratificó los cargos de los extranjeros que habían sido electos para ocupar cargos de responsabilidad (entre los que destaca el húngaro Léo Frankel, miembro de la Internacional y electo por el XIII Distrito (Lissagaray, 2019:163)), pues «*la bandera de la Comuna es la bandera de la República mundial*» (Engels, 2016:497), asimismo, «*abolió el servicio militar obligatorio y el ejército permanente y declaró única fuerza armada a la Guardia Nacional, en la que debían enrolarse todos los ciudadanos capaces de empuñar las armas*» (*Ibíd.*)

De esta manera, la Comuna sentó un precedente en la Historia, pues, aunque empujada por el transcurrir de los acontecimientos y sin contar con un plan consciente de acción (tal y como se explica en el subepígrafe 1.3 de este TFG), elevó a las masas, *a todos los ciudadanos capaces de empuñar las armas*, a la condición de Estado, a la condición de Poder político armado y organizado.

Otras medidas a destacar impulsadas y ejecutadas²⁹ por la Comuna de París fueron, por orden cronológico, las siguientes (*Ibíd.*):

- 30 de marzo: se condonaron las deudas de los alquileres desde octubre de 1870 hasta abril de 1871.
- 1 de abril: se fijó en 6.000 francos el sueldo máximo que podrían percibir los funcionarios y miembros de la Comuna.

²⁶ Pese a que el poder dominante en París estaba en sus manos y el grueso del ejército regular gubernamental se había retirado el 18 de marzo, París no era un bloque uniforme y todavía había zonas con población leal al Gobierno de Thiers, como la zona circundante a la estación de Saint Lazare y el segundo distrito (Ollivier, 1971:172).

²⁷ La heterogeneidad de este grupo iba desde pequeños burgueses radicalizados (que constituían la mayoría del grupo), hasta miembros de la Internacional, que únicamente representaban a 13 de los 66 concejales (Lissagaray, 2019:158).

²⁸ En la primera Asamblea convocada por la Comuna, el CC, representado por Boursier, pronunció las siguientes palabras: «*Ciudadanos [...] el Comité Central viene a entregar en vuestras manos sus poderes revolucionarios. Volvemos a las atribuciones concedidas por nuestros estatutos. El Comité Central no puede inmiscuirse en los actos de la Comuna, único poder normal; los hará respetar, y se limitará a reorganizar la guardia nacional. [...] ¡Viva la República! ¡Viva la Comuna!*» (Lissagaray, 2019:160)

²⁹ Cabe destacar en este aspecto que la Comuna no era solo un órgano legislativo, sino también ejecutivo y judicial, es decir, todos los poderes se concentraban en este nuevo órgano de Poder, que era responsable de sus actos y cuyos miembros podían ser revocados en todo momento por parte del pueblo (Marx, 2016. e:542)

- 2 de abril: se decreta la separación Iglesia-Estado. La Comuna eliminó todas las partidas presupuestarias religiosas, al mismo tiempo que declaró como propiedad nacional todos los bienes de la Iglesia.
- 5 de abril: la Comuna, ante la represión ejercida por Versalles contra los comuneros que eran capturados, decretó la detención de rehenes, sin embargo, esta orden nunca se llegó a aplicar.
- 6 de abril: el 137º Batallón de la GN quema públicamente, ante el entusiasmo de la población, la guillotina de la prisión de París, símbolo de la revolución y el orden burgués³⁰.
- 8 de abril: en cumplimiento con el decreto del 2 de abril, se procede a desterrar de las escuelas la religión, desde sus símbolos e imágenes hasta sus oraciones y dogmas.
- 12 de abril: se aprueba la demolición de la Columna Triunfal de la plaza Vendôme, todo un símbolo de las Guerras Napoleónicas y del chovinismo francés. La demolición se haría efectiva el 16 de mayo³¹. Quizás lo más curioso de este hecho, que representó todo un símbolo de internacionalismo proletario, es que el derribo se acometió bajo los compases de *La Marsellesa* (Lissagaray, 2019:268).
- 16 de abril: se ordena la creación de un registro estadístico de las fábricas que permanecían cerradas por orden de sus patronos, con el fin de reanudar la producción mediante cooperativas constituídas por los obreros que trabajaban en dichas fábricas. Estas cooperativas se organizarían mediante una Unión de las mismas.
- 20 de abril: son abolidas las oficinas de colocación creadas por el Segundo Imperio. Se abole el trabajo nocturno de los panaderos.
- 30 de abril: se cierran las casas de empeños. La Comuna alega que son «una forma de explotación privada de los obreros, en pugna con el derecho de éstos a disponer de sus instrumentos de trabajo y de crédito» (Engels, 2016: 498).
- 5 de mayo: se aprueba la demolición de la Capilla Expiatoria de Luis XVI, esta orden no se llegaría a ejecutar.

A grandes rasgos, estas fueron las grandes medidas de la Comuna, las cuales (salvo actos como la demolición de la Columna Triunfal) no pudieron verse concluidas por el transcurrir de la guerra civil y la corta vida de la Comuna. Como se puede ver, las medidas venían a abordar, especialmente, los dos problemas más acuciantes que enfrentaban las masas asalariadas de París: el trabajo y la vivienda.

Hay una medida que nunca fue tomada por la Comuna y que llama la atención: la no expropiación de los fondos de Versalles y de la gran burguesía. Este, junto al error del CC de dejar marchar al ejército enemigo a Versalles, donde se reorganizó para volver a dar muerte a quienes les dejaron ir en libertad, fue otro error capital de la Comuna.

En palabras de Lissagaray (2019:184): «*Todas las insurrecciones serias han empezado por apoderarse del nervio del enemigo: la caja. La Comuna ha sido la única que se negó a hacerlo. Abolió el presupuesto del clero, que estaba en Versalles, y se quedó en éxtasis ante la caja de la gran burguesía, que tenía al alcance de la mano*». En palabras de Engels (2016:500): «*lo más difícil de comprender es indudablemente el santo temor con el que*

³⁰ Ver Anexo 2. Imagen 2.

³¹ Ver Anexo 2. Imagen 3.

aquellos hombres se detuvieron respetuosamente en los umbrales del Banco de Francia. Fue éste además un error político muy grave. El Banco de Francia en manos de la Comuna habría valido más que diez mil rehenes».

Volviendo a las medidas que sí tomó la Comuna, podemos ver en ellas varias líneas generales. En primer lugar, la Comuna, al abolir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo en armas (en definitiva, al elevar al movimiento de masas al nivel de Estado) y al adoptar la revocabilidad de los cargos políticos, así como la limitación de sus retribuciones, había reconocido por la vía de los hechos que el proletariado en el Poder no podía limitarse a tomar la maquinaria estatal burguesa, sino que debía destruirla, pues esa maquinaria de ninguna forma podía servir a sus fines (Engels, 2016).

En segundo lugar, y pese a la clarividencia con la que los comuneros desvelaron por instinto revolucionario³² el carácter clasista del Estado, la mayoría de medidas que abordó la Comuna (como la separación Iglesia-Estado³³), no fueron (como no podía ser de otra forma, dado el desarrollo ideológico y bagaje práctico que el movimiento obrero revolucionario poseía por aquel entonces) sino una vuelta de tuerca a los preceptos de la Revolución burguesa, el estiramiento del ideario revolucionario burgués a unos niveles a los que la propia burguesía jamás se habría atrevido (*Ibíd.*:498).

De hecho, la tensión a la cual sometió la Comuna a los principios de la revolución burguesa, al mismo tiempo que incluía medidas que salvaguardaban los intereses de la clase obrera, terminaron por rasgarle las costuras, por «[abrir] profundas brechas en el viejo orden social», dando visos del cambio del paradigma revolucionario, de que el desarrollo histórico ya no iba a ser una misión burguesa, sino proletaria (*Ibíd.*).

En este sentido, la Comuna, en tanto que último destello de todo lo que la revolución burguesa podía dar de sí misma, viene a ser el heraldo del que hablaban los primeros comunistas en el *Manifiesto de los Iguales* (1796): «La Revolución francesa no es más que el heraldo de otra revolución mucho más grande, mucho más solemne y que será la última. El pueblo ha pisoteado el cuerpo de los reyes y de los curas coaligados contra él: hará lo mismo con los nuevos tiranos, los nuevos tartufos políticos que han ocupado la plaza de los antiguos» (Cit. en Babeuf y otros, 1998:13).

Sin embargo, «la gran medida social de la Comuna fue su propia existencia, su labor. Sus medidas concretas no podían menos de expresar la línea de conducta de un gobierno del pueblo por el pueblo» (Marx, 2016.e:551). Fue la propia existencia fáctica de este heraldo, de este ultimador de la revolución burguesa, del *enfant terrible* que la propia sociedad burguesa había engendrado en su seno y del que la Guerra Franco-Prusiana había sido partero, la que venía a anunciar el fin de toda una era de dominación clasista, pues en su propia cotidianidad³⁴, en su mera existencia como Poder, la Comuna demostraba

³² «En aquel tiempo, la gran mayoría de los blanquistas [a los que el autor achaca la responsabilidad de los actos y omisiones políticas de la Comuna] sólo eran socialistas por instinto revolucionario y proletario; sólo unos pocos habían alcanzado una mayor claridad de principios, gracias a Vaillant, que conocía el socialismo científico alemán» (Engels, 2016:500). El resaltado en negrita es modificación propia.

³³ «Esa obra [la de la Comuna] mezcla las preocupaciones más estrictamente democráticas (separación de la Iglesia y el Estado, instauración de la enseñanza laica, obligatoria y gratuita) con intenciones propiamente socialistas» (Bruhat, 1984:722). El resaltado en negrita es modificación propia.

³⁴ «[...] la forma en que sus labores cotidianas invertían jerarquías y divisiones arraigadas; la primera y la principal, la división entre el trabajo manual y el artístico o intelectual» (Ross, 2016:64).

por la vía de los hechos, que otra forma social en la que no habría ni opresores ni oprimidos, ni obreros ni patronos, era una realidad alcanzable.

Es evidente que esta realidad que la Comuna venía a anunciar no pudo ser cumplida por ella misma, pero fue una pieza necesaria y fundamental en el desarrollo posterior de este proyecto emancipatorio que pretendía liquidar toda relación laboral, toda seña de opresión y toda desigualdad.

2.2. La caída del París revolucionario

«Aunque haya que ahogar en sangre esta insurrección, aunque haya que enterrarla bajo las ruinas de la ciudad en llamas, no hay transición posible. Si la guillotina llega a ser suprimida habrá que conservarla para los que levantan barricadas.»

Francisque Sarcey, 1871³⁵

Mientras que París se encontraba imbuido en una sensación de esperanza por la nueva era que se abría ante sus ojos³⁶, Versalles no perdió un segundo en preparar su ataque. Desde el mismo momento en el que el Gobierno se trasladó a Versalles, aquél lugar se convirtió en el hervidero de la reacción, donde militares, funcionarios de toda clase, políticos burgueses de todo signo³⁷ y periodistas (sirva de muestra la cita que inaugura este subepígrafe) se unían bajo una misma consigna: la Comuna ha de ser destruida (Ollivier, 1971).

He aquí, en su máximo esplendor, la separación de poderes con la que la burguesía se llenaba la boca y que la Comuna tuvo a bien, en un ejercicio de sinceridad y honestidad en el ejercicio de su Poder, abolir³⁸ (Bruhat, 1984:726).

En un primer momento, el peligro más inmediato que presentaba la Comuna para el Gobierno era la posibilidad real de una sublevación de las provincias, del campesinado. El antaño bonapartista campesinado veía ahora en la Comuna una esperanza, pues *«la Comuna habría redimido al campesino de la contribución de sangre [ya que había abolido el ejército permanente], le habría dado un gobierno barato³⁹, habría convertido a los que hoy son sus vampiros -el notario, el abogado, el agente ejecutivo y otros*

³⁵ Cit. en Lissagaray, 2019:278.

³⁶ *«París trabajaba y pensaba, luchaba y daba su sangre; radiante en el entusiasmo de su iniciativa histórica, dedicado a forjar una sociedad nueva, casi se olvidaba de los caníbales que tenía a las puertas»* (Marx, 2016.e:553). El resaltado en negrita es modificación propia.

³⁷ Esto incluye a elementos de extrema izquierda, como Louis Blanc, que, declarando que la causa de la Comuna era justa, no compartían su enfoque (Lissagaray, 2019:257). Estos personajes, que se habían llenado la boca hablando de revolución, se echaban a temblar ahora que la tenían frente a ellos.

³⁸ *«Los funcionarios judiciales debían perder aquella fingida independencia que solo había servido para disfrazar su abyecta sumisión a los sucesivos gobiernos [...]. Igual que los demás funcionarios públicos, los magistrados y jueces habían de ser funcionarios electivos, responsables y revocables»* (Marx, 2016.e:543)

³⁹ *«La Comuna convirtió en una realidad ese tópico de todas las revoluciones burguesas, que es un “gobierno barato” al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del Estado. [...] Pero, ni el gobierno barato, ni la “verdadera república” constituían su meta final; no eran más que fenómenos concomitantes»* (Marx, 2016.e:545). El resaltado en negrita es modificación propia.

dignatarios judiciales que le chupan la sangre- en empleados comunales asalariados, elegidos por él y responsables ante él mismo. Le habría librado de la tiranía del guarda jurado, del gendarme y del prefecto; la ilustración por el maestro de escuela hubiera ocupado el embrutecimiento por el cura» (Marx, 2016.e:549).

Por ello, Versalles rápidamente maniobró para aislar a París de las provincias, cortó las comunicaciones de correos que salían de París e inició una campaña mediática de desprestigio, mintiendo descaradamente sobre la situación interna que vivía París (Ollivier, 1971).

Así pues, mientras la prensa decía que París estaba sumida en la anarquía, la delincuencia y el caos, la realidad es que el proletariado tomó con una seriedad inaudita esta novedosa situación, basta con ver algún testimonio de la época, como el que recogió Serallier (informante de la Internacional en París): *«lo más sorprendente [...] es que todos están en sus puestos como si fuese la cosa más normal del mundo» (Cit. en Berstein, 1975:366);* John Russel Young (periodista americano) comentó en su crónica que, al contrario de lo que decía la prensa francesa, no vio *«embriaguez, bandidaje ni saqueo» (Ibíd.)*

Asimismo, el Gobierno actuó con mano dura ante los conatos de revolución que se sucedieron por Francia y que proclamaron sus propias Comunas en Lyon, Saint-Etienne, Le Creusot, Marsella, Toulouse, Narbona y Limoges. Aunque la fugacidad de estas revoluciones, al igual que pasa con el motivo de derrota de la propia Comuna de París, no se debe tanto al factor externo, al ataque de Versalles, como a las propias condiciones internas, a la inevitable incapacidad de la vanguardia proletaria de aquella época de llevar a término la revolución⁴⁰. En palabras de Lissagaray (2019:179): *«Las revueltas de las ciudades se extinguían así, una tras otra, como los cráteres laterales de un volcán agotado. Los revolucionarios de provincias se habían mostrado en todos partes completamente desorganizados, impotentes para empuñar el poder. Vencedores en todas partes en el primer choque, los trabajadores no habían sabido hacer otra cosa que gritar: “¡Viva París!” Por lo menos, demostraban su corazón y arrogancia, y que ochenta años de dominación burguesa no habían podido transformarlos en un pueblo de mendigos».*

Desde que el Gobierno se trasladó a Versalles, este buscó el apoyo de Prusia para acabar con París, apoyo que fue brindado sin reticencias por Bismarck, que, para que Francia pudiese organizar su ejército, liberó gradualmente desde mayo de 1871 a las tropas que les habían sido capturadas en las batallas de Sedán y Metz⁴¹ (Engels, 2016:498).

El 1 de abril de 1871 Versalles declaraba oficialmente la guerra a París, iniciando así, una vez más, el bombardeo sobre París. Un día después, ya había columnas versallesas marchando sobre las posiciones comunales (Lissagaray, 2019:163).

París, entre la incredulidad por volverse a ver sometida al bombardeo y la falta de dirección unánime, el 3 de abril decide contraatacar, enviando dos columnas de la GN, dirigidas por Duval y Flourens, a Versalles. Este contraataque, que nacía sin una preparación estratégica previa, se saldó con la derrota de los comuneros que, pese al

⁴⁰ *«[...] las circunstancias que hicieron posible la revolución del 18 de marzo no eran las mismas fuera de París, así que en otros lugares los revolucionarios fueron incapaces de alterar en modo alguno la situación en favor de la capital o siquiera para desviar el asalto desde Versalles.» (Gluckstein, 2017:50)*

⁴¹ Ver subepígrafe 1.2

heroísmo con el que entablaron combate, no fueron capaces de vencer a las tropas de Thiers, que dieron muerte a sangre fría a los generales Duval y Flourens (*Ibíd.*)

Ante la derrota, el 4 de abril, el CC reclamó a la Comuna el derecho a reorganizar la GN y administrar la ciudad, petición la cual, pese a oponerse en un primer momento, la autoridad comunal acabó accediendo (*Ibíd.*).

En respuesta al trato dado por Thiers a los prisioneros del 3 de abril (muchos, como los propios Duval y Flourens, fueron asesinados a sangre fría) la Comuna, el día 7 de abril, promulgó un decreto (que sería papel mojado, pues nunca se llegó a aplicar) para detener rehenes y devolverle el golpe a Versalles (*Ibíd.*:183).

La guerra civil abierta entre ambos poderes hizo que a partir de mayo (fecha a partir de la cual, gracias a la colaboración prusiana, el contingente reaccionario no haría más que crecer en número), la Comuna tuviese que dedicar prácticamente todas sus fuerzas a la cuestión militar (Engels, 2016:498).

Aunque hasta mediados de mayo hubo victorias por parte de ambas fuerzas, la tónica general fue que la Comuna perdió paulatinamente los fuertes y posiciones que rodeaban París, y que se veían constantemente sometidas al incesante cañoneo y hostigamiento del enemigo (Gluckstein, 2017:49).

Entre estas posiciones exteriores defensivas con las que contaba París, destaca la batalla librada en el fuerte Issy, cuyo cerco empezó la noche del 29 de abril. Las tropas comunales de Issy resistieron de manera heroica, sin embargo la abnegación poco pudo hacer contra las 60 piezas de artillería pesada que se situaban frente a las desorganizadas trincheras de los federados (Lissagaray, 2019:227).

El día 30, Issy ya estaba completamente rodeado y los rumores sobre su evacuación se extendieron. El caos y el pánico en el que se vieron envueltas las tropas en Issy hizo que el mismo 29 de abril la Comuna recibiese una propuesta para crear un Comité de Salud Pública, cuyo cometido sería poner orden y disciplina (así como castigar a los traidores). Esta figura, que fue aprobada el 1 de mayo, «*desentonaba en esa revolución proletaria, en ese Hôtel-de-Ville [...]. Desgraciadamente, casi todos los que constituían el Consejo no habían leído la historia de la Revolución. El título rimbombante les subyugó.*»⁴² (*Ibíd.*:228). El Comité nombró a Rossel delegado de guerra, un hombre que, pese a ser un cuadro técnico-militar competente, «*no entendía nada del alma de París, de esta guerra civil [...]*» (*Ibíd.*:233).

El 9 de mayo, Issy ya se encontraba reducida prácticamente a escombros. Rossel, que no rendía cuentas ni ante la Comuna ni ante el Comité de Salud Pública, ordenó la retirada al mismo tiempo que dimitió de su cargo en un escrito público con el que pretendía eludir su responsabilidad militar y en el que «*en menos de dos horas desalentaba a millares de combatientes, sembraba el pánico, difamaba a los valientes de Issy, denunciaba al enemigo las flaquezas de la defensa*» (*Ibíd.*:244).

⁴² Una vez más, la Comuna andaba, pero sin saber muy bien hacia dónde. No obstante, «*La Comuna seguía siendo tan absolutamente soberana, que ocho días después barría al comité*» (Lissagaray, 2019:228).

Esa misma noche, el Comité de Salud Pública sería renovado con el fin de depurar las responsabilidades de la rendición de Issy (*Ibíd.*).

En este punto, París ya había perdido toda iniciativa militar, simplemente se limitaba a resistir lo mejor que podía los incesantes golpes de Versalles. En todos los frentes, los fuertes y aldeas externas de París seguían el destino de Issy. Las tropas comunales se retiraron a la «*muralla misma; el 21 [de mayo], gracias a una traición y por culpa del descuido de los guardias nacionales*⁴³ *destacados en este sector, [las tropas de Versalles] consiguieron abrirse hacia el interior de la ciudad*»⁴⁴ (Engels, 2016:499).

En menos de un día, las columnas de Thiers consiguieron concentrar en el interior de París más de 130.000 soldados y 500 cañones. Por su parte, los comuneros apenas reunían a unos 16.000 efectivos combatientes (Gluckstein, 2017:49).

En ese momento, la vida de la Comuna estaba ya sentenciada. Sin embargo, los revolucionarios que quedaban en pie no estaban dispuestos a rendirse, y depositaban sus esperanzas en las barricadas que se habían levantado⁴⁵ (y se seguían levantando) en una infinidad de calles de París⁴⁶. Una vez más, a pesar del heroísmo demostrado por los defensores, la munición se impone a la moral. Las barricadas son rodeadas y sobrepasadas una a una: «*la ferocidad de las tropas versallesas para con los comuneros, o contra cualquier sospechoso de serlo, no tiene límites. A cada avance de las tropas gubernamentales acompaña el sonido de los fusilamientos in situ por doquier*» (*Ibíd.*:49).

Dos días después de su entrada en París (23 de mayo), las tropas de la burguesía han alcanzado el núcleo de la revolución, donde empezó todo, *Montmartre*, que cae más rápido de lo esperado. La lucha común por la defensa de París se diluye y los resistentes pasan a luchar calle por calle, hasta que el 27 de mayo, se rindió en el XX distrito la última fuerza organizada que le quedaba a la Comuna y que aglutinaba a unos 2.000 combatientes (*Ibíd.*).

Entre los enfrentamientos y las ejecuciones en combate cayeron 6500 comuneros. Por su parte, los muertos de Versalles ascienden a 877 (*Ibíd.*). Sin embargo, lo peor para los revolucionarios llegaría después de su derrota, pues la represión de Versalles fue ejercida con suma crueldad.

Los fusilamientos masivos se sucedieron del 21 al 28 de mayo en la conocida como Semana Sangrienta. La represión alcanzó tal volumen de víctimas que «*ya los fusiles de*

⁴³ Por aquel entonces, las relaciones internas en París no gozaban de una buena salud: «*La Guardia Nacional se resistía a recibir órdenes de un delegado de guerra elegido por el Ayuntamiento, los batallones locales de la Guardia estaban resentidos por la pérdida de autonomía frente a la Federación, etc. Es plausible afirmar que, a finales de mayo, los federales recibían órdenes de siete autoridades diferentes. Como resultado, muchos guardias, enojados, abandonaron sus puestos*» (Gluckstein, 2017:51).

⁴⁴ En este sentido, cabe destacar, una vez más la complicidad prusiana, pues las tropas de Bismark todavía controlaban algunos fuertes del Norte y del Este, a través de los cuales permitieron el paso de los versalleses, cosa que, al violar los acuerdos de guerra firmados entre ambos Estados, pilló de improviso a los comuneros, que habían desprotegido aquella zona (Engels, 2016).

⁴⁵ Ver Anexo 2. Imagen 4.

⁴⁶ «*Pero los federados, faltos de dirección y de todo conocimiento de la guerra, no vieron más allá de sus barrios y de sus propias calles. En lugar de doscientas barricadas estratégicas, sólidas, fáciles de defender con siete u ocho mil hombres, sembraron centenares de ellas, imposibles de guarnecer*» (Lissagaray, 2019:295).

retrocarga no mataban bastante de prisa, y entraron en juego las ametralladoras para abatir por centenares a los vencidos» (Engels, 2016:499).

La brutal represión ejercida por Versalles contra el proletariado en armas queda sintetizada en las propias palabras de la burguesía, en este caso, verbalizadas por el cronista Edmond de Goncourt: *«El derramamiento de sangre fue una sangría limpia [según los datos de Lissagaray, las ejecuciones se llevarían la vida de 20.000 comuneros y civiles]⁴⁷; semejante purga⁴⁸, al destruir al sector combativo de la población, posterga la próxima revolución una generación entera. La vieja sociedad tiene veinte años de tranquilidad por delante, siempre que los poderes que existan se atrevan a llegar tan lejos como lo han hecho ahora» (Cit. en Harvey, 2007:421).*

Por último, la represión fue cincelada en piedra, pues en 1873 se proyectó la construcción de la Basílica del *Sacré-Coeur*⁴⁹ en el lugar donde había empezado todo, en el cerro de *Montmartre*. De esta manera, la vieja sociedad pretendía expiar los pecados ante el Estado y la Iglesia de aquellos que el 18 de marzo de 1871 se atrevieron a ser los amos de su destino (*Ibíd*).

⁴⁷ Esta cifra corresponde sólo a los muertos en combate y en la represión inmediatamente posterior en París y en las provincias, pero la represión total alcanzaría, aproximadamente, a 107.000 víctimas (Lissagaray, 2019:421).

⁴⁸ Ver Anexo 2. Imagen 5.

⁴⁹ Ver Anexo 2. Imagen 6.

3. El impacto de la Comuna en el movimiento obrero internacional

El impacto que tuvo la Comuna de París en el movimiento obrero se puede rastrear desde el minuto uno de su existencia en los acalorados debates que se sostenían en la Internacional. Tras la derrota de este laboratorio experimental que fue la Comuna, su impacto se volvió mucho más amargo, pues la represión ejercida contra el movimiento obrero se extendió por todo el viejo continente, sin embargo, los encarcelamientos, censura y ejecuciones no impidieron que el bagaje abierto por la Comuna aquel 18 de marzo de 1871 fuese aprovechado de manera extraordinariamente amplia por sus coetáneos y por las generaciones posteriores.

3.1. Situación general del movimiento obrero

«Para nosotros, la Internacional no era ni una unión de sociedades de oficios, ni una Federación de “sociedades de resistencia”. Ella debía ser la vanguardia internacional del proletariado revolucionario.»

A. Artaud et al., 1872⁵⁰

La situación del movimiento obrero internacional en las décadas y años previos a la Comuna era convulsa, pues era una época de conformación y asentamiento del proletariado como clase económica⁵¹. Una época donde los debates y teorías en torno al movimiento obrero y a las relaciones laborales (en su sentido más amplio) estaban al orden del día, confluyendo en esta lucha teórica distintas corrientes como el blanquismo, el proudhonismo (que ya han sido desarrollados en el subepígrafe 1.3), el bakuninismo y el socialismo científico, el marxismo (Arru, 1974).

El bakuninismo, que, junto al proudhonismo era una de las corrientes principales del anarquismo de la época, defendía a capa y espada la estrategia de la lucha estrictamente económica del proletariado, negando, por consiguiente, toda forma de organización del proletariado en estructuras u organizaciones ajenas a la lucha más concreta y estrecha por sus condiciones económicas inmediatas, tachando de desviación burguesa la participación del proletariado en la lucha política (*Ibíd.*:17).

Por su parte, el socialismo científico o marxismo, que acabaría siendo la corriente indiscutiblemente hegemónica del movimiento obrero, se encontraba en una situación de desarrollo interno a través de la lucha teórica con las diferentes corrientes ideológicas del movimiento, siendo fundamental para este desarrollo ideológico y político el papel que tuvo la Internacional (*Ibíd.*).

⁵⁰ La cita corresponde a varios comuneros exiliados que, durante la Comuna, se incorporaron a la AIT. (*Cit.* en Arru, 1974:195).

⁵¹ Recordemos que el proletariado no hace su primera aparición pública hasta 1848, actuando bajo los preceptos y objetivos del ala más radical de la burguesía (ver subepígrafe 1.1 de este TFG).

La Comuna de París supuso un desbarajuste en la Internacional, pues no solo liquidó a los proudhonistas⁵² y blanquistas⁵³, sino que permitió el desarrollo del marxismo en su estudio respecto a la toma del Poder y a su forma proletaria, a la vez que zanjó importantes debates sobre la organización de la clase obrera (*Ibíd.*).

Centrándonos en la Internacional, en 1870 dicho órgano aprobó un manifiesto escrito por Marx en cual se planteaba que «*cualquier intento de derribar el nuevo gobierno [se refiere al Gobierno de Defensa Nacional] en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París, sería una locura desesperada. Los obreros franceses deben cumplir con su deber de ciudadanos; pero, al mismo tiempo, no deben dejarse llevar por los recuerdos nacionales de 1792 [...]. Su misión no es repetir el pasado, sino construir el futuro. Que aprovechen serena y resueltamente las oportunidades que les brinda la libertad republicana para trabajar en la organización de su propia clase. [...] Vive la Republique!*» (Marx, 2016.d:518).

Como se puede desprender del análisis de los hechos planteado en el epígrafe 2, vemos que la propia acción de las masas (que no solo derrocó al nuevo gobierno, sino que acabó construyendo un Poder alternativo) superó con creces el marco político original que planteaba Marx pues, precisamente agitando la beligerante consigna de 1792 (en lugar de enarbolar el pacifismo que se desprende de la consigna de *Vive la Republique*), el proletariado parisino consiguió dar rienda suelta a su creatividad, transformando a su vez la guerra nacional entre Francia y Prusia en una guerra civil, en una guerra de clases.

En este sentido, la Comuna de París, al superar el marco político de la AIT, fue su liquidadora. Se puede decir que la AIT ya había cumplido con su función aglutinadora de los elementos más avanzados ideológicamente del proletariado, que cada vez estaban más hegemonizados por el marxismo (Arru, 1974).

Marx⁵⁴, que era consciente de esta situación y que incluso vio superado (en parte) lo planteado en el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), aplicando los propios principios del socialismo científico, realizó un concienzudo balance ideológico en torno a la Comuna de París que fue planteado a la Internacional, “*La Guerra civil en Francia*”. En este trabajo, Marx resalta los logros y aciertos de la Comuna, así como sus errores y limitaciones históricas (Lenin, 2012:84).

Estos errores y limitaciones históricas recogidas en el balance marxista ya han sido abordados a nivel histórico a lo largo del TFG, sin embargo, a modo de síntesis aclaratoria, se ofrece a continuación una exposición de ellos.

En primer lugar, a nivel estratégico, vemos tres graves deficiencias: 1) la falta de decisión a la hora de desatar abiertamente una guerra civil que ya había sido declarada *de facto* por

⁵² La Comuna propuso que la organización de la producción se articulase en torno a asociaciones de obreros, que a su vez se organizarían en una gran Unión, lo cual «[...] forzosamente habría conducido en última instancia al comunismo, o sea a lo más antitético de la doctrina proudhoniana del socialismo. [...] Solo quedan proudhonianos en el campo de la burguesía “radical”» (Engels, 2016:501).

⁵³ La Comuna plantearía la Revolución social como una cuestión de masas, como una guerra civil, por lo que los supuestos insurreccionales de Blanqui quedarían completamente superados (Engels, 2016).

⁵⁴ Hay que destacar que, pese a haber tachado en 1870 de *locura desesperada* el derrocamiento del Gobierno de Defensa Nacional, Marx no dudó un segundo en cerrar filas en torno a los obreros parisinos en cuanto estos dispararon la primera bala contra el Gobierno y contra Prusia, tal y como se puede ver en su actividad revolucionaria, entre la que destaca el balance plasmado en “*La Guerra civil en Francia*”.

Thiers⁵⁵; 2) la prematura cesión del Poder por parte del CC a la Comuna; 3) la asunción de la consecución de dos tareas de diferente naturaleza clasista: la defensa de la nación y la emancipación del proletariado.

Este último punto representa una nota característica de la Comuna (y, en general, es una nota que, con mayor o menor intensidad, se puede rastrear en el proceso revolucionario subsiguiente) y no es otra que el entrelazamiento de la revolución burguesa, que en ese momento representaba el máximo progreso social, con la revolución proletaria. Por ello, en la Comuna, como *«en todas las revoluciones, al lado de los verdaderos revolucionarios, figuran hombres de otra naturaleza. Algunos de ellos, supervivientes de revoluciones pasadas, que conservan su devoción por ellas, sin visión del movimiento actual, pero dueños todavía de su influencia sobre el pueblo, por su reconocida honradez y valentía, o simplemente por la fuerza de la tradición»*⁵⁶; *otros, simples charlatanes [...]*» (Marx, 2016.e:553), esta convivencia de los nuevos y viejos cerebros y corazones hizo que el proletariado parisino asumiese dos tareas contradictorias entre sí, en primer lugar, la defensa nacional, y, en segundo lugar (y como se desarrollará en el punto 3.2) la emancipación de los obreros del capitalismo.

La tradición revolucionaria, al analizar esta asunción de tareas contradictorias, concluiría que *«la combinación de estas tareas contradictorias -el patriotismo y el socialismo- fue el error fatal de los socialistas franceses. [...]; desde los tiempos de la gran revolución [se refiere a las revoluciones burguesas] se habían operado profundos cambios; las contradicciones de clase se habían agudizado, y si entonces la lucha contra toda la reacción europea unía a toda la nación revolucionaria, ahora el proletariado ya no podía fundir sus intereses con otras clases hostiles a él: que la burguesía sea quien cargue con la responsabilidad de la humillación nacional; la misión del proletariado era luchar por la emancipación socialista del trabajo del yugo de la burguesía.»*⁵⁷ (Lenin, 2010.a:98).

Todos estos errores estratégicos tuvieron su correlato táctico, entre los que podemos destacar: 1) falta de iniciativa de la Comuna a la hora de ganarse al campesinado⁵⁸; 2) no haber expropiado el Banco de Francia.

Evidentemente, tal y como se ha adelantado a lo largo del primer y segundo epígrafe del TFG, estos errores se deben a la clara limitación histórica de la que partía el proletariado⁵⁹,

⁵⁵ Basta con recordar la falta de decisión del CC en torno a la cuestión de marchar sobre Versalles el 18 de marzo, dejando libre al enemigo y permitiendo su reorganización y rearme.

⁵⁶ Un ejemplo de la pervivencia de la tradición y devoción por las revoluciones pasadas lo podemos encontrar en la proclamación del Comité de Salud Pública por parte de la autoridad comunal.

⁵⁷ El resaltado en negrita es modificación propia.

⁵⁸ No obstante, la Comuna sí se ganó para su causa a buena parte de la pequeña burguesía, de hecho, si analizamos los decretos comuneros se puede ver que estos, en gran medida, son favorables a los intereses de esta clase. *«[...] era esta la primera revolución [aquí Marx pretende deslindar con la revolución de 1848] en la que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social incluso por la gran masa de la clase media parisina -tenderos, artesanos, comerciantes-, con la sola excepción de los capitalistas ricos.»* (Marx, 2016.e:548).

⁵⁹ *«Para que una revolución social pueda triunfar, necesita por lo menos dos condiciones: un alto desarrollo de las fuerzas productivas y un proletariado preparado para ella. Pero en 1871 se carecía de ambas condiciones. El capitalismo francés se hallaba aún poco desarrollado, y Francia era entonces, en lo fundamental, un país de pequeña burguesía (artesanos, campesinos, tenderos, etc.). Por otra parte, no existía un partido obrero, la clase obrera no estaba preparada ni había tenido un largo adiestramiento y,*

pues no contaba con una dirección ideológica hegemónica capaz de afrontar la totalidad de la misión emancipatoria del trabajo que abrió París.

Aún con todos estos errores y limitaciones históricamente necesarias, la Comuna de París supuso un salto, una superación, de las premisas con las que estaba trabajando hasta entonces la AIT (Bruhat, 1984). La Comuna dejó patente que se podía abrir una era en la historia que fuese capaz de abolir las relaciones entre obreros y patronos, pero, especialmente, confirmó por la vía de los hechos la idea marxista de la autoemancipación del proletariado, de que «[...] *la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos; que la lucha por la emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios y monopolios de clase, sino por el establecimiento de derechos y deberes iguales y por la abolición de todo dominio de clase*» (Marx, 2016.c:398), idea que tendría una gran relevancia en el devenir de la historia, al ser recogida y desarrollada por el bolchevismo, dando lugar a la Revolución Socialista de Octubre en Rusia (Shandro, 1995).

3.2. La Comuna contra el trabajo asalariado

«La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna ha de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase»

Karl Marx, 1871⁶⁰

Como hemos visto en el punto 2.1, las medidas inmediatas adoptadas por la Comuna se centraron en dos ejes: el trabajo y la cuestión de la vivienda. Esto, evidentemente, no es casual. La Comuna representó el primer Poder proletario de la Historia, el primer *gobierno del pueblo para el pueblo*. Un gobierno que, si bien no había caído del cielo, no había sido buscado ni preparado de manera consciente por la vanguardia revolucionaria, por ello, sus medidas no podían ser sino un reflejo del sentir general del pueblo, del proletariado parisino.

En este sentido, y dada esa falta de dirección revolucionaria⁶¹, el proletariado se lanzó a cubrir sus necesidades más inmediatas. Sin embargo, lo más importante de estas medidas,

en su mayoría ni siquiera comprendía con claridad cuáles eran sus fines ni cómo podía alcanzarlos. No había ni una organización política seria del proletariado ni grandes sindicatos ni cooperativas...» (Lenin, 2010.b:110). El resaltado en negrita es modificación propia. En definitiva, el proletariado parisino partía de unas serias limitaciones tanto económicas como políticas.

⁶⁰ Marx, 2016.e:546.

⁶¹ Esto no debe interpretarse como si existiese una ideología neta e íntegramente proletaria y revolucionaria que los comuneros simplemente habrían de buscar, encontrar y aplicar. Más bien todo lo contrario. En 1871 el proletariado, aunque hubiese marchado sobre Versalles el mismo 18 de marzo, aunque el CC hubiese conservado entre sus manos más tiempo el Poder, aunque hubiese expropiado el Banco de Francia, etc., difícilmente hubiese sido capaz de llevar a término su empresa, pues no hay otra forma de abrir el camino que andando, y en 1871 el proletariado se encontraba todavía avituallándose en la posición de salida.

Para llegar a la meta, en primer lugar, había que atreverse a iniciar la marcha (cosa que quedó patente el 18 de marzo y, más nitidamente, el 3 de abril al marchar sobre Versalles); en segundo lugar, había que andar, y no había otra manera de andar que aplicando y ejerciendo el propio Poder y aprendiendo de ello mientras que se aplica. En tercer lugar, hay que hacer balance de lo aprendido (cosa que, como he analizado en el punto previo, únicamente hizo el marxismo, destacando *La Guerra civil en Francia*) y, en función de ello,

una vez más, no son las propias medidas en sí mismas, pues ello podría implicar que «*el mundo obrero agitado, acaparado por la defensa diaria de los salarios, que el libre cambio había contribuido a rebajar, parecía poco dispuesto al estudio de “los grandes problemas sociales”*» (Ollivier, 1971:75).

Es decir, lo verdaderamente sustancial de la Comuna es que, por primera vez, la *defensa diaria de los salarios* (entiendase que, en este caso, el término “salarios” se aplica a todo medio material de supervivencia y reproducción material de la clase asalariada) no se hacía enfrentando las organizaciones de autoreferencialidad y de resistencia obrera al Estado burgués, sino que se hacía desde una posición de dominancia, se hacía, precisamente, desde una posición de poder contrapuesto y antagónico al ejercido por el Estado burgués.

Esta novedosa situación de dominancia del terreno del poder político por parte del proletariado abría la puerta a un escenario mucho más complejo, en el que ya no bastaba con la lucha por la mejora de los salarios, sino que la lucha entraba de lleno en el plano político, en el plano del Estado. En palabras de Marx (2016.e:546): «*He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo*»⁶².

Esta es, sin duda, la mayor aportación de la Comuna respecto (o, mejor dicho, contra) el mundo del trabajo, pues «*cuando la Comuna tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando, por primera vez en la historia, los simples obreros se atrevieron a violar el monopolio de gobierno de sus “superiores naturales” [...]*»⁶³ (Ibíd.:547) quedó patente que, como bien refleja la cita inaugural de este subepígrafe, esa novedosa situación de dominancia es irreconciliable con el papel de productor.

Por consiguiente, la doctrina marxista concluiría que la Comuna, en tanto que método universal de la organización del Poder proletario (Estado-comuna)⁶⁴, debía encaminar su acción a la abolición de las relaciones clasistas hasta el punto de que «*emancipado del trabajo, todo hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser un atributo de clase*» (Ibíd.:546), de modo que, entre otras cosas, «*la dependencia total,*

situar más adelante el próximo punto de salida desde donde ha de ser reanudada la marcha para, finalmente, llegar a la meta, tal y como expresaría Marx en su correspondencia con L. Kugelmann el 12 y 17 de abril de 1871 (Marx, 2016.f; g).

⁶² El resaltado en negrita es modificación propia.

⁶³ El resaltado en negrita es modificación propia.

⁶⁴ Esta forma universal de ejercer el Poder (cuestión que, desde los parámetros marxistas, se denominaría como “Dictadura del proletariado”, como queda reflejado en la cita de Engels que inaugura el subepígrafe 2.1) sería descubierta e incorporada a la doctrina marxista precisamente gracias al propio bagaje adquirido por la Comuna de París. «*En 1874, en el “Manifiesto comunista”, Marx daba a esta pregunta [¿Con qué sustituir la máquina del Estado, una vez destruida?] una respuesta todavía completamente abstracta, o, más exactamente, una respuesta que señalaba las tareas, pero no los medios para resolverlas. [...] Marx esperaba de la **experiencia** del movimiento de masas la respuesta a la cuestión de qué formas concretas habría de revestir esta organización del proletariado como clase dominante y de qué modo esta organización habría de coordinarse con la “conquista de la democracia” más completa y más consecuente*» (Lenin, 2012:89); «*Por tanto, la Comuna sustituye la máquina estatal destruida, [...] representa un cambio gigantesco de unas instituciones por otras de un tipo distinto por principio*» (Ibíd.:91). El resaltado corresponde al texto original.

*forma natural de la cooperación histórico-universal de los individuos, se [convertiría], gracias a la revolución comunista, en el control y la dominación consciente sobre estos poderes, que, nacidos de la acción de unos hombres sobre otros, hasta ahora han venido imponiéndose a ellos, aterrándolos y dominándolos, como potencias absolutamente extrañas.»*⁶⁵ (Marx & Engels, 2017:31).

3.3. La Comuna en la doctrina revolucionaria

«El movimiento obrero y el socialismo no podrían ya ser lo que eran la mañana del 18 de marzo. Sería exagerado decir que esos setenta y dos días “conmovieron el mundo”, pero lo que resulta incuestionable es que “conmovieron” la historia del socialismo»

*Jean Bruhat, 1972*⁶⁶

Como bien dice Bruhat, la Comuna, aunque mantuvo en vilo a la burguesía y a los Estados europeos ante el peligro de una oleada insurreccional, no *conmovió el mundo* en tanto que el potencial revolucionario del proletariado no se había desplegado aún de manera histórica, sin embargo, la Comuna supuso un giro drástico en todo el espectro del movimiento obrero.

En primer lugar, la Comuna conmovió la historia del socialismo porque liquidó a sus dos cabezas al demostrar fácticamente tanto la incapacidad del proudhonismo de erigirse como una doctrina revolucionaria (cuestión que ha sido bosquejada en el subepígrafe 1.3), como la superación del insurreccionalismo (representado por la cabeza blanquista) como método efectivo para la consecución de la revolución del proletariado, ya que *«si han cambiado las condiciones de la guerra entre naciones, no menos han cambiado las de la lucha de clases. La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida.»* (Engels, 1974:268).

En segundo lugar, la Comuna conmovió la historia del socialismo porque, al situar al proletariado en una posición de dominancia política nunca vista hasta entonces, aportó al marxismo el marco y los elementos necesarios para su desarrollo, aprehendiendo del primer bagaje propio del proletariado que esta clase adquirió al no *«[...] realizar ningunos ideales, sino simplemente [dando] suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno»* (Marx, 2016.e:547).

Por consiguiente, la Comuna más que convertirse en un elemento fundamental del movimiento obrero en general (que también), se convirtió, especialmente, en un jalón fundamental del marxismo, ya que esta corriente, fue la única que analizó y profundizó lo suficiente en la historia de la Comuna, hasta el punto de conseguir subjetivar esa

⁶⁵ El resaltado corresponde al texto original.

⁶⁶ Bruhat, 1984:728.

experiencia, sacando las lecciones universales que de ella se desprenden (Bruhat, 1984:727).

Estas lecciones están estrechamente interrelacionadas entre sí y, a grandes rasgos, se podrían resumir en 1) la forma que adoptaría el Estado proletario (forma Estado-comuna)⁶⁷; 2) que la revolución socialista es un movimiento de masas revolucionarias contra masas reaccionarias (guerra civil revolucionaria)⁶⁸; 3) que para lograr constituir el movimiento revolucionario de masas hace falta que estas sean conscientes de lo que hacen y por qué lo hacen⁶⁹; 4) que esta consciencia se traslada a las más amplias masas mediante el ejercicio del propio Poder del proletariado.

Quizás este último punto sea el más complejo de ver, pues la cuestión de cómo enraíza la conciencia revolucionaria en las masas y cómo estas se adhieren a la Revolución ha sido uno de los debates más amplios y complejos que han surcado el movimiento obrero (mismamente, basta con echar la vista atrás a las diferencias planteadas en este campo entre proudhonistas, blanquistas y marxistas, por mencionar solo a tres corrientes).

No obstante, la Comuna también arrojó luz en este sentido, ya que sus enseñanzas en el campo de la dualidad de poderes permitieron a los bolcheviques poder crear de manera consciente su Poder, haciendo posible así la Revolución de octubre de 1917 a través de la dualidad de poderes que empezaron a surgir por la acción espontánea de las masas en Rusia en 1905 con la constitución de los Soviets, que serían vistos por los revolucionarios como embriones del Estado socialista (VV.AA., 2017:26).

En palabras de Lenin al respecto (1986:55): *«en la Comuna de París ocurrió eso [la creación de un nuevo tipo de Estado] durante unas cuantas semanas, en una sola ciudad, sin tenerse noción de lo que se hacía. Los creadores de la Comuna no la comprendían, la creaban con la genial intuición de las masas despertadas, y ni una sola fracción de los socialistas franceses tenía noción de lo que hacía. Nosotros [los bolcheviques] nos encontramos en otras condiciones, en las cuales, precisamente por apoyarnos en la Comuna de París y en los largos años de desarrollo de la socialdemocracia alemana, podemos ver con claridad lo que hacemos al crear el Poder soviético. A pesar de toda la tosquedad e indisciplina que existen en los Soviets, lo que constituye una reminiscencia del carácter pequeñoburgués de nuestro país, las masas populares han creado un nuevo tipo de Estado»*⁷⁰

Este apoyo en el punto más elevado del desarrollo de la lucha de clases, que, para los bolcheviques se encontraba en la breve experiencia de la Comuna y para los comuneros (a falta de experiencia propia del proletariado) en la revolución burguesa, es una de las

⁶⁷ La cuestión de la forma del Estado-comuna ya sería recogida por Marx en su estudio de *La Guerra civil en Francia*, sin embargo, los elementos que desvela la Comuna y que Marx apunta serían desarrollados y sistematizados por Lenin en *El Estado y la Revolución* (1917).

⁶⁸ Sirva de muestra del marco justificativo de este punto la cita previa de Engels.

⁶⁹ El marxismo comprendió que, mientras que el motor que hacía andar a la revolución burguesa se encontraba en el desarrollo económico del capitalismo y que, por tanto, este tipo de revolución era *«la escoba gigantesca»* que barría todas las viejas reliquias del Estafo feudal que entorpecían el desarrollo económico capitalista (Marx, 2016.e:539), el proceso revolucionario del proletariado no encontraba su motor en el empuje de la economía, sino en la subjetividad, en la cuestión de la conciencia del proletariado en la lucha por su autoemancipación (Shandro, 1995).

⁷⁰ El resaltado en negrita es modificación propia.

lecciones universales que también extrae el marxismo de la experiencia de la Comuna. Este análisis quedaría reflejado por Marx en una brevísima carta a L. Kugelmann el 17 de abril de 1871 (2016.g:494), donde, además de deslindar la Comuna con las manifestaciones pequeñoburguesas de 1848, apunta que «*gracias a la Comuna de París, la lucha de la clase obrera contra la clase de los capitalistas y contra el Estado que representa los intereses de ésta ha entrado en una nueva fase. Sea cual fuere el desenlace inmediato esta vez, se ha conquistado un nuevo punto de partida que tiene importancia para la historia de todo el mundo*»⁷¹. En definitiva, la Comuna de París marcó un *nuevo punto de partida* a nivel histórico-universal en la lucha de clases.

Sin embargo, la conmoción que supuso la Comuna de París para el movimiento obrero no se limita en exclusiva a las lecciones que posibilitaron la Revolución bolchevique, sino que fueron mucho más profundas. De hecho, se puede rastrear de manera clara el impacto e influencia que tuvo París en el movimiento socialista incluso 96 años después de la defensa de las baterías de *Montmartre*, concretamente en la constitución y desarrollo de la Comuna de Shanghái (1967) en el contexto de la Revolución Cultural China (Hongsheng, 2010).

⁷¹ El resaltado en negrita es modificación propia.

BLOQUE 3: CONCLUSIONES

En este Bloque se plasmarán las conclusiones personales a las que he llegado tras el estudio de las fuentes bibliográficas y documentales consultadas para el desarrollo del TFG, así como del análisis que he elaborado a partir de las mismas a lo largo de todo el texto.

En primer lugar, hemos de concluir y clarificar que estudiar la Comuna de París supone estudiar la historia general del movimiento obrero, pues el acontecimiento bebe de toda la tradición obrera previa, confluyendo en el seno del primer Poder obrero de la historia lo más elevado que el movimiento obrero había podido engendrar para 1871 (pensemos que, en realidad, el bagaje que existía hasta esa fecha no era muy extenso, temporalmente hablando, el término socialismo no aparece hasta principios de la década de 1830 y no sería hasta 1848 cuando el proletariado empezase a dar visos de ser una clase con personalidad política propia).

Sin embargo, la Comuna no se queda ahí, no es una mera experiencia que se quede en los libros de historia como un acontecimiento anecdótico más. Todo lo contrario. La Comuna fue el necesario desbrozador del camino que más tarde el movimiento obrero revolucionario abriría, en primer lugar, en Rusia y que marcó para siempre la historia de la humanidad.

Por ello, considero que la conclusión más relevante para el campo de las Relaciones Laborales que se puede extraer de la Comuna de París es que esta experiencia histórica señaló y puso al desnudo la contradicción insalvable que se genera en el seno de la sociedad cuando la clase trabajadora, rompiendo todos los moldes y marcos preestablecidos, se hace con el control de la organización social.

Esta contradicción, que se genera cuando la masa asalariada y productora juega a la vez el papel de sujeto dominante (pues se tiene el control de la organización de la sociedad) y de sujeto dominado (en tanto que siguen existiendo toda una serie de relaciones sociales que le atan a este papel propio de las sociedades clasistas), solo puede resolverse, o bien acabando con todas las relaciones sociales clasistas, disolviendo así la naturaleza de ambos roles antagónicos, cuestión que nunca ha llegado a ser desarrollada completamente en la historia; o bien deshaciendo el papel de sujeto dominante de las clases productoras, como sucedió en París al ser derrotada la Comuna.

La resolución o perpetuación de esta contradicción, que, en definitiva, supone determinar de manera efectiva y concreta qué tipos de relaciones sociales deberían existir en el campo del mundo del trabajo, bajo qué condiciones (paradigma de libre asociación de individuos *versus* paradigma de división de clases) y con qué fin social se establece el ejercicio de ese esfuerzo productivo, ha sido el eje a partir del cual han girado las ideas, propuestas y acciones no solo del movimiento obrero y los agentes sociales de todo el mundo, sino del propio mundo en sí.

Es innegable que el trabajo, que las relaciones laborales, supusieron y suponen, como poco, uno de los centros a partir de los cuales se articula todo lo que conocemos y vivimos. Y todo lo que conocemos y vivimos, por extensión, sería incomprendible sin aprehender las enseñanzas de los hitos de la historia de la resolución de este gran conflicto que son

las relaciones laborales, historia en la cual la Comuna de París cerró un capítulo y permitió la apertura de otro capítulo que estremeció todo el siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

- Arru, A. (1974). *Clase y Partido en la Primera Internacional*. Madrid: Alberto Corazón Editor.
- Babeuf, F., de Saint-Simon, H., Simonde de Sismondi, J.-C.-L., Fourier, C., Owen, R., Leroux, P., . . . Weitling, W. (1998). *Socialismo Premarxista*. (P. Bravo, Trad.) Madrid: Tecnos.
- Berstein, S. (1975). *Blanqui y el blanquismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Bruhat, J. (1984). El socialismo francés de 1848 a 1871. En J. Droz (dir.), *Historia General del Socialismo: de los orígenes a 1875* (Vol. II, págs. 684-729). Barcelona: Ediciones Destino.
- Cappelletti, A. (1978). *Etapas del pensamiento socialista*. Madrid: La piqueta.
- Clark, C. (2016). *El reino de hierro. Auge y caída de Prusia 1600-1947*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Clausewitz, C. v. (2015) (1ª ed. 1823). *De la Guerra*. Barcelona: Ediciones Obelisco.
- Droz, J. (2020). *Europa: restauración y revolución 1815-1848*. Madrid: Siglo XXI.
- Engels, F. (1974) (1ª ed. 1895). De la introducción al trabajo de Marx "La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850". En F. Engels, *Temas militares* (págs. 264-268). Buenos Aires: Editorial Cartago.
- Engels, F. (2016) (1ª ed. 1891). Introducción de Federico Engels. En K. Marx, & F. Engels, *Obras Escogidas* (Vol. 1, págs. 491-504). Madrid: Akal.
- Fermer, D. (2014). La batalla de Sedán. *La Guerra Franco-Prusiana (I): el ocaso de Napoleón III*, I(13), 44-51.
- Gluckstein, D. (2017). La Comuna de París. *Bismarck contra la III República. La Guerra Franco-Prusiana (II)*, II(28), 46-51.
- Harvey, D. (2007). *París, capital de la modernidad*. Madrid: Akal.
- Hongsheng, J. (2010). *The Paris Commune in Shanghai: the Masses, the State, and Dynamics of "Continuous Revolution"*. Durham: Duke University. Obtenido de https://dukespace.lib.duke.edu/dspace/bitstream/handle/10161/2356/D_Jiang_Hongsheng_a_201005.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Hugo, V. (1969) (1ª ed. 1852). *Napoleón el Pequeño*. Barcelona: Lorenzana.
- Lenin, V. (1986) (1ª ed. 1918). Informe sobre la revisión del Programa y el cambio de nombre del Partido 8 de marzo. En V. Lenin, *Obras Escogidas* (Vol. XXVI, págs. 47-61). Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin, V. (2010.a) (1ª ed. 1908). Las enseñanzas de la Comuna. En V. Lenin, K. Marx, & F. Engels, *La Comuna de París* (págs. 97-101). Madrid: Akal.
- Lenin, V. (2010.b) (1ª ed. 1911). En memoria de la Comuna. En V. Lenin, K. Marx, & F. Engels, *La Comuna de París* (págs. 107-113). Madrid: Akal.

- Lenin, V. (2012) (1ª ed. 1917). *El Estado y la revolución*. Madrid: Alianza editorial.
- Lissagaray, H. P.-O. (2019) (1ª ed. 1876). *La Comuna de París*. Orkoien, Nafarroa: Txalaparta.
- Marx, K. (2016.a) (1ª ed. 1850). La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850. En K. Marx, & F. Engels, *Obras Escogidas* (Vol. 1, págs. 135-245). Madrid: Akal.
- Marx, K. (2016.b) (1ª ed. 1852). El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. En K. Marx, & F. Engels, *Obras Escogidas* (Vol. I, págs. 250-351). Madrid: Akal.
- Marx, K. (2016.c) (1ª ed. 1864). Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores. En K. Marx, & F. Engels, *Obras Escogidas* (Vol. I, págs. 398-401). Madrid: Akal.
- Marx, K. (2016.d) (1ª ed. 1870). Primer manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la Guerra Franco-Prusiana. En K. Marx, & F. Engels, *Obras Escogidas* (Vol. 1, págs. 505-510). Madrid: Akal.
- Marx, K. (2016.e) (1ª ed. 1871). Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la Guerra Civil en Francia en 1871. En K. Marx, & F. Engels, *Obras Escogidas* (Vol. 1, págs. 520-571). Madrid: Akal.
- Marx, K. (2016.f) (1ª ed. 1871). Marx a L. Kugelmann. 12 de abril de 1871. En K. Marx, & F. Engels, *Obras Escogidas* (Vol. II, págs. 492-493). Madrid: Akal.
- Marx, K. (2016.g) (1ª ed. 1871). Marx a L. Kugelmann. 17 de abril de 1871. En K. Marx, & F. Engels, *Obras Escogidas* (Vol. II, pág. 494). Madrid: Akal.
- Marx, K., & Engels, F. (2017) (1ª ed. 1846). *La ideología alemana*. Madrid: Akal.
- Meisterdrucke. (s.f.). *Barricada en la calle Charonne durante la Comuna de París, 18 de marzo de 1871*. Obtenido de Meisterdrucke: <https://www.meisterdrucke.es/impresion-art%C3%ADstica/French-Photographer/333247/Barricada-en-la-calle-Charonne-durante-la-Comuna-de-Par%C3%ADs,-18-de-marzo-de-1871.html>
- Niday Picture Library . (1 de junio de 2019). *La quema de la guillotina durante la Comuna de París, 1871*. Obtenido de Alamy: <https://www.alamy.es/la-quema-de-la-guillotina-durante-la-comuna-de-paris-1871-image255344965.html>
- Ollivier, A. (1971). *La Comuna*. Madrid: Alianza Editorial.
- Otto-von-Bismarck-Stiftung. (2021 de septiembre de 24). *Frankreich nach 1871 – 1870/71. Reichsgründung in Versailles (V)*. Obtenido de Otto-von-Bismarck-Stiftung: <https://www.bismarck-stiftung.de/2021/09/24/frankreich-nach-1871-1870-71-reichsgruendung-in-versailles-v/>
- Pignon-Ernest, E. (s.f.). *La commune de Paris*. Obtenido de Pignon-ernest: <http://pignon-ernest.com/>
- Porte, R. (2014). La encerrona de Metz. *La Guerra Franco-Prusiana (I): el ocaso de Napoleón III*, I(13), 34-42.

- Proudhon, P.-J. (2010) (1ª ed. 1840). *¿Qué es la propiedad?* Barcelona: Diario Público.
- Ross, K. (2016). *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*. Madrid: Akal.
- Rudé, G. (1991). *Europa desde las Guerras Napoleónicas a la Revolución de 1848*. Madrid: Cátedra.
- Serbeto, E. (13 de julio de 2021). Bismarck y el envenenado telegrama de Ems. *La Vanguardia*. Obtenido de <https://www.lavanguardia.com/historiayvida/historia-contemporanea/20210713/7591445/bismarck-envenenado-telegrama-ems.html>
- Shandro, A. (1995). "La conciencia desde fuera": Marxismo, Lenin y el proletariado. *Science y Society*, 268-297. Obtenido de <http://www.jstor.org/stable/40403504>
- Showalter, D. (2014.a). El ejército de Moltke. *La Guerra Franco-Prusiana (I): el ocaso de Napoleón III*, I(13), 12-17.
- Showalter, D. (2014.b). Prusia y el rostro cambiante de la guerra. *La Guerra Franco-Prusiana (I): el ocaso de Napoleón III*, I(13), 28-33.
- Tombs, R. (2017). El sitio de París. *Bismarck contra la III República. La Guerra Franco-Prusiana (II)*, II(28), 30-38.
- VV.AA. (2017). *Historia de la Gran Revolución de octubre*. Pamplona: Templando el acero.
- Wawro, G. (2014). La senda de la guerra. Bismarck, Napoleón III y los orígenes de la Guerra Franco-Prusiana. *La Guerra Franco-Prusiana (I): el ocaso de Napoleón III*, I(13), 6-11.

ANEXO 1: TABLA TEMPORAL DE LA COMUNA Y ANTECEDNETES

Con el fin de orientar y clarificar la sucesión de los distintos acontecimientos que se exponen a lo largo del TFG, se presenta el siguiente anexo, que recoge todas las fechas relevantes que son mencionadas en el desarrollo del trabajo, así como una breve exposición de lo acaecido esa fecha y, en la columna izquierda, la forma de Estado que existía por aquel entonces en Francia, reflejando también la dualidad de poderes que existió en París a partir del 18 de marzo de 1871.

<i>Forma de Estado</i>	<i>Fecha</i>	<i>Acontecimientos</i>	
Monarquía de Julio (1830-1848)	23 al 25 de febrero de 1848	Revolución de 1848. Derrocamiento de Luis Felipe. Proclamación de la República.	
2º República (1848-1852)	10 de diciembre de 1848	Luis Napoleón Bonaparte es elegido presidente de la República	
	2 de diciembre de 1851	Golpe de Estado de Bonaparte	
	7 de noviembre de 1852	Bonaparte convoca un plebiscito que da legitimidad al Golpe de Estado. Bonaparte se proclama emperador.	
2º Imperio (1852-1870)	1859	Guerra Franco-Austriaca	
	1866	Guerra Austro-Prusiana	
	19 de julio de 1870	Declaración de Guerra por parte de Francia a Prusia	Guerra Franco-Prusiana (19 julio de 1870 – 10 mayo de 1871)
	19 de agosto al 27 de octubre de 1870	Sitio de Metz. Victoria Prusiana.	
	1 al 2 de septiembre de 1870	Batalla de Sedán. Victoria Prusiana. Napoleón III es apresado el día 2 junto con un contingente de alrededor de 100.000 soldados franceses.	
	4 de septiembre de 1870	Se proclama nuevamente la República en París. Se constituye el Gobierno de Defensa Nacional con el General Trochu a la cabeza.	
3º República (1870-1940)	9 de septiembre de 1870	Creación del Comité Central de la Guardia Nacional.	
	19 de septiembre de 1870	Inicio del sitio de París.	
	31 de octubre de 1870	Thiers presenta la primera propuesta de armisticio.	
	19 de enero de 1871	Fracaso militar de la Guardia Nacional contra el Cuartel General alemán en Versalles	
	22 de enero de 1871	Insurrección protagonizada por la Guardia Nacional en contra del Gobierno	

		28 de enero de 1871	El Gobierno de Defensa Nacional firma el armisticio con Alemania
		8 de febrero de 1871	Elecciones a la Asamblea Nacional. Thiers es nombrado jefe del Poder Ejecutivo de la República.
		26 de febrero de 1871	La Asamblea Nacional firma la paz con Alemania.
		3 de marzo de 1871	El Comité Central de la GN declara su voluntad de no deponer las armas.
3° República (1870-1940)	Comuna de París (18 marzo al 28 mayo de 1871)	18 de marzo de 1871	Intento fallido de desarmar a la GN. Retirada de la Asamblea Nacional a Versalles. El CC se erige como único Poder efectivo en París.
		19 de marzo de 1871	El Comité Central convoca elecciones municipales para el 23 de marzo.
		21 de marzo de 1871	Manifestación reaccionaria en la plaza Vendôme. El CC reprime la manifestación.
		22 de marzo de 1871	El CC refuerza sus posiciones y atrasa la convocatoria de las elecciones del día 23 al 26 de marzo.
		26 de marzo de 1871	Se celebran las elecciones municipales, que otorgan una mayoría revolucionaria.
		28 de marzo de 1871	Se proclama formalmente la Comuna de París. El CC dimite en favor de la Comuna.
		30 de marzo de 1871	La Comuna en sus cargos a los extranjeros electos. La GN es proclamada como única fuerza armada de París. Se condonan los alquileres.
		1 de abril de 1871	Versalles declara la guerra a París e inicia su bombardeo. La Comuna fija un sueldo máximo para sus miembros y funcionarios.
		2 de abril de 1871	La Comuna decreta la separación total de Iglesia y Estado
		3 de abril de 1871	Las columnas de Duval y Flourens son derrotadas por Versalles. Ambos son asesinados por Versalles.
		4 de abril de 1871	El CC reorganiza la GN y se le otorga la competencia de administrar París.
		5 de abril de 1871	La Comuna ordena la detención de rehenes (no se llegaría a aplicar).
		6 de abril de 1871	La GN quema públicamente la guillotina de la cárcel de París.
		8 de abril de 1871	La Comuna ordena la eliminación de cualquier rastro religioso de las escuelas.

		12 de abril de 1871	La Comuna aprueba la demolición de la Columna Triunfal de la plaza de Vendôme. Se ejecutaría el 16 de mayo	
		16 de abril de 1871	La Comuna ordena la elaboración de un registro de las fábricas que los patronos mantenían clausuradas.	
		20 de abril de 1871	La Comuna abole el trabajo nocturno de los panaderos y de las oficinas de colocación.	
		29 de abril de 1871	Las tropas gubernamentales inician el cerco del fuerte Issy.	
		30 de abril de 1871	La Comuna ordena el cierre de las casas de empeños.	
		1 de mayo de 1871	La Comuna crea el Comité de Salud Pública.	
		5 de mayo de 1871	La Comuna ordena la destrucción de la Capilla Expiatoria.	
		9 de mayo de 1871	El fuerte Issy se rinde.	
		10 de mayo de 1871	La Comuna renueva el Comité de Salud Pública.	
		16 de mayo de 1871	La Columna Triunfal de la Vendôme es derribada por la GN al compás de <i>La Marsellesa</i> .	
		21 de mayo de 1871	Las tropas gubernamentales acceden a París. Se inicia la Semana Sangrienta	
		23 de mayo de 1871	Las tropas gubernamentales conquistan en barrio de <i>Montmartre</i> .	
		27 de mayo de 1871	El último contingente armado de la Comuna se rinde	
		28 de mayo de 1871	La Comuna ha caído. Fin de la Semana Sangrienta.	

ANEXO 2: IMÁGENES RELACIONADAS CON LA COMUNA

Imagen 1

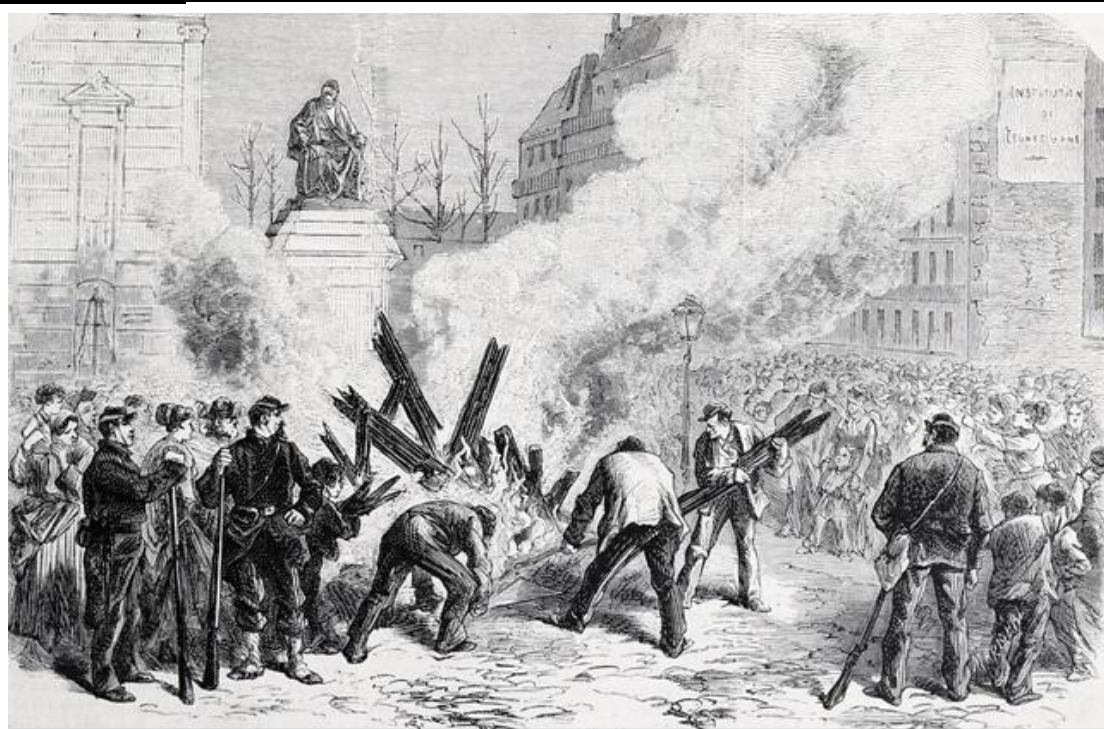
Parque de artillería en Montmartre, fotografía. París, 1871



Fuente: Otto-von-Bismarck-Stiftung, 24.

Imagen 2

Quema de la guillotina, grabado. París, 6 de abril de 1871.



Fuente: Niday Picture Library , 2019.

Imagen 3

Miembros de la GN y de la Comuna posan junto a los restos de la Columna Triunfal, fotografía. París, 16 de mayo de 1871.



Fuente: Urbán & Pastor, 2021

Imagen 4

Barricada en la calle Charonne durante la Comuna de París, fotografía. París, 18 de marzo de 1871.



Fuente: Meisterdrucke, s.f.

Imagen 5

Doce combatientes de la Comuna fusilados por los Versalleses, fotografía. París, 1871.



Fuente: Lissagaray, 2019:348

Imagen 6

Homenaje a los comuneros asesinados. Escaleras de la Basílica del *Sacré-Coeur*, fotografía. París, 1971.



Fuente: Pignon-Ernest, s.f.